La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 5 de octubre de 1891 — Núm. 510

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL CÉLEBRE PINTOR JAN VAN BEERS





SUMARIO

LA CRITICA EN EL ARTE DEL ACTOR

EL PRINCIPIO Y EL HECHO

I

No está, en verdad, fundada todavía (refiriéndose á España) en el cimiento sólido de una idea nacional y fecunda. Pero ¿puede fundarse? ¿No hará esta interrogación que se dibuje una sonrisa desdeñosa en los labios de los hombres que saben?

La Crítica es la Filosofía de la Historia, y anda la *Ciencia de Vico* muy desacreditada en estos tiempos, desde que la *ley providencial*, como suprema profetisa de los hechos del hombre y mostradora de la inmanencia en ellos de un Dios trascendente, se ha convertido en la *ley fatal* que los preside, según la Filosofía *positiva*, y en la simple *sucesividad* proclamada por los que, no teniendo fe en los indestructibles y legítimos fueros del pensamiento, intentan suprimir la Metafísica, niegan *los principios* y con ellos la *ciencia*, tan sólo afirman *los fenómenos*, y elevan con asombrosa tranquilidad el *egolatrismo* y su consiguiente lógico, la *lucha por la vida*, á la categoría de ley suprema de la Historia.

Y si este descrédito puede ser racional con respecto á ciertas manifestaciones temporales de la Crítica, es injustamente afirmado, y como que pretende apostatar y apostata al fin del conocimiento científico, si rechaza la aplicación de los *principios* á los *hechos*, cuando aquéllos no se deducen de teorías apriorísticas, sino de su información en el tiempo; pues si el fenómeno se produce sujeto á la ley, la ley palpita siempre en el fenómeno; pudiendo así el hombre ver lo que es inmutable, eterno, necesario, *filosófico* á través de lo que cambia y es temporal y contingente, á través de lo *histórico*.

La protesta del *positivismo* contra los fueros de la razón, desde que quiere suprimir la *ciencia primera*, fundándose, por paradoja incomprensible, en argumentos metafísicos, hace volver á la Historia al punto de partida, á la simple narración de los acontecimientos, cuando lo fugaz no debe separarse de la ley que lo produjo; y desdeñando la aplicación de los principios á la total actividad humana, extiéndese á la ciencia que debe proclamarlos como leyes de las manifestaciones estéticas de aquella actividad; lo que afirma el descrédito de la *Crítica artística*, por lo incondicional y tenazmente que quiso encerrar la realización de la belleza en los moldes estrechos del *clasicismo* académico, sin hacer memoria de las *nuevas odres para el vino nuevo*, y por la selvática libertad que concedió más tarde á las facultades del artista, arrojándolo al turbulento mar de su inspiración desenfrenada, sin más estrella que su instinto, levantando, por oposición á la Academia, la estatua del *romanticismo*, grandiosa cuanto desgreñada; la misma que hoy derrumba del pedestal y empequeñece hasta convertirla en el repugnante monstruo del *naturalismo* experimental y determinista, negación de la fantasía y de toda idealidad, y por lo tanto negación del Arte.

Cierta divergencia y oposición que, al parecer, existen entre el pensamiento y la actividad artística para informarlo, entre las facultades especulativas y las creadoras, entre la razón y la imaginación, que no se desarrollan paralelamente, explica que en épocas como la nuestra las manifestaciones artísticas cedan el puesto á las especulaciones sobre lo creado, sobreponiendo el juicio á la fantasía, como explica también el ardor de la juventud estudiantil por oficiar de sumo sacerdote de la Crítica, y razona la invasión creciente de los censores que entran y talan las heredades de los realizadores soberanos de la belleza, motivando por ley de oposición la gran cruzada de artistas contra críticos, y la lucha de éstos contra aquéllos que, como la que libran escolásticos y librepensadores, metafísicos y positivistas, habrá de continuar terrible y sin cuartel hasta el reinado del *realismo armónico* que con el creador de la *Ciencia biológica* nació en Alemania, pronto hará quince lustros, y que ha de trascender á la variedad indefinida de las manifestaciones del espíritu.

Mas á pesar del descrédito indicado, ¿quién niega los milagros de la Crítica, aplíquese á esta ó á otra determinación ó fase de la actividad? Ella contiene en límites estéticos las facultades extraviadas del artista; conviértele en gigante si con alientos viene á la batalla; ella hace enmudecer y pisotea al ignorantón desvanecido; y hoy la hija del pensador de Nápoles, impugnador del *método* cartesiano, amamantada por la Enciclopedia y la Revolución, ya en las cumbres de Kant, de Hegel y de Krause, suelta las ligaduras del exclusivismo escolástico y declara la *sustantividad* de la belleza y la independencia del Arte, cuyo fin estético no ha de subordinarse al fin docente ni al fin utilitario ni al fin moral.

II

Descendiendo á nuestro propósito: ¿Es el arte del actor manifestación verdadera y esencialmente estética de la actividad humana? ¿Será interesante su crítica? Y antes que todo, ¿puede ésta fundarse en un cimiento, perdurable como la ciencia y que han ido construyendo los siglos?

No produjera el nuestro su labor fecundísima, cuando á sus pies no hubiesen acumulado los demás los frutos de la suya; y pues nada más que la obra de la divina Omnipotencia se crea de improviso, sino que lenta y progresivamente todo se transforma, claro está que en los principios de la Estética puede basarse la Crítica contemporánea aplicada á las fugaces manifestaciones de la Declamación teatral, contempladas hoy; pero ¿cómo elevar esa crítica á un pensamiento trascendente, mostrar que el principio se cumple en toda sensible determinación del arte considerado, y traslucir lo que aquella que se nos aparece significa, dentro de su tiempo y con relación á la labor histórica de los anteriores, si esta labor nos es desconocida?

¿Dónde está la Historia del Arte del actor? ¿Dónde está el objeto para aplicar á su aparición temporal nuestras especulaciones?

That is the question, que dice Hámlet.

III

Huelga repetir que la obra del actor es un relámpago: entre otros, en el penegírico de Rafael Calvo lo dijo el gran Echegaray maravillosamente. Y es, en verdad, muy triste que de todos aquellos arrebatos, carcajadas y gritos, sollozos y lágrimas, acentos y actitudes, no recogidos en placa alguna fotográfica ni en pentagrama alguno; de todos aquellos latidos de la vida que han golpeado el corazón de los grandes cómicos, ya en el proscenio mismo, donde su arte reguló portentoso el fuego de la sensibilidad, ya en los momentos en que, estudiando al poeta y al personaje, sintió el intérprete algo que en su espíritu tiene profundísima semejanza con las tempestades de la tragedia, con las cómicas situaciones y con las mascaradas paródicas, á las que debe dar la vida de la escena; de todo lo que el actor informa en el sonido y el movimiento no quede sino la más efímera memoria, y que su gran obra deje en el recuerdo lo que el ave que cruza el aire deja en el espacio. ¡Cuán curioso poder hacer aquélla tan secular como la historia!

Mas, concedida la alta misión del Arte, retratar el espíritu, y la de la Crítica, buscar lo eterno en ellos, no nos es necesaria, para encontrarlo, la perpetua reproducción de las obras del cómico. Ni fuera tan elocuente como se sospecha de improviso.

Si un *genio* portentoso, si algún loco sublime de la ciencia recogiese en el misterio de una placa los gestos y las actitudes del cómico; si en el seno de encantadas moléculas encerrase las inflexiones de su voz, para que al sacudimiento de la carrera prodigiosa del titán eléctrico se agitaran vibrantes, y se produjera el milagro perdurable de la resurrección de los sonidos; y si para asombro de las generaciones y para seguro de la inmortalidad de ese estupendo sabio, por invención casi sobrehumana se hicieran coincidir en *foto-fonógrafo* tan enorme las tonalidades con los movimientos, hiriendo nuestros ojos y nuestros oídos con la reproducción pasmosa de la obra del gran actor, librada de la muerte, ¿tendríamos quizás el fidelísimo retrato del alma del artista?

No, ciertamente; que recogiéramos entonces tan sólo los despojos de la materia, la imagen pálida de su acción y el eco de su acento; mas no las palpitaciones de su espíritu. El suspiro y la queja, la exclamación y el grito, la carcajada y el sollozo, y el estertor y el hipo trágicos de la agonía, que son tonalidades y sonidos, aparecerían semejantes á los que producen helada y fatalmente esos instrumentos mecánicos, asesinos feroces de las obras del músico, y no á los que arranca su intérpretador al violoncelo, pulsado al compás de los latidos de su corazón; y el gesto y la sonrisa, la mirada y la lágrima, que son actitudes y movimientos, dinámica elocuencia del mutismo, serían reproducciones muertas, y no cuadros que el pincel del artista robó con su inspiración al iris de los cielos. La palabra y todos los acentos intérpretes de las conmociones del ánimo, abandonados ya á las leyes de la materia cósmica, lejos de ser los pobladores misteriosos del mundo del sonido, que viniesen á hablarnos de todo eso inefable que hay en el espíritu del artista, fueran tan sólo un eco ridiculizador de aquellas vibraciones, que había de convertir de fatal modo lo trágico en cómico y lo cómico en bufo; y las imágenes de la acción, recogidas en la cámara obscura por la mano insensible de cuerpos inorgánicos, en vez de alzarse vivas y animadas del mundo del movimiento y venir en las alas espléndidas de la luz á nuestros ojos, adonde el corazón subiese á recibirlas y á saber por ellas secretos del espíritu que no caben en el humano verbo, se asemejaran solamente á las fotografías de un difunto, en el que el físico Galvani parodiase la vida y al que se le hiciese tomar distintas actitudes por medio de los hilos que hacen mover á los *fantoches*. Allí el gesto elocuente sería mueca repugnante; las actitudes, acaso descompuestas por la inspiración para fingir el arrebato, se convertirían en ridículos aspavientos; las lágrimas en manchas; aquello fuera el mecanismo intentando retratar el alma, y habría desaparecido lo que sólo el artista de la palabra puede reproducir esencialmente: la circulación del drama por la sangre, las huellas de su paso por el espíritu del cómico (1).

Recoger lo que en su interpretación hay de perdurable y de simbólico, visto á través de lo efímero y temporal, es lo importante; no la relación tal vez curiosa, tal vez abrumadora de los hechos; no las impresiones detalladas en que el artista se asemeja y aun se identifica con los otros cómicos y con los otros hombres.

Tuviéramos, así, con el juicio del escritor acerca del comediante, su contemporáneo, manifestaciones de la Crítica promulgando la ley que cumplió la declamación teatral histórica, y el problema quedaría resuelto con mirar desde la cumbre de nuestro siglo la labor especulativa de los pasados.

IV

Empero ¿existen en España manifestaciones de tal crítica que, recogidas por un espíritu nacional, exhumen el *arte del actor* y sean mostradoras de que el ingenio hispano es *uno* y *sustantivo*, y que sin esclavizarse á influencias extrañas, antes bien domándolas con la condición del estro poderoso y libérrimo que debió á natura, en suprema armonía va cumpliendo la ley de su admirable identidad en todas sus determinaciones artísticas? No nos sugestiona el pesimismo si decimos que no.

Porque ni lo que dicen el desenfadado y malandante Agustín de Rojas (*Viaje entretenido*), cuya veracidad alabada por Bretón puede ponerse en duda si hemos de atender á que era cómico; el erudito García Villanueva Hugalde y Parra, primer actor del teatro de la Cruz (*Origen, épocas y progresos del teatro español*, 1804), y don Casiano Pellicer y Tovar en su *Origen* y *progresos de la comedia y del histrionismo en España;* ni las noticias recogidas por el ilustrado compositor español D. Francisco Asenjo Barbieri y por el académico D. Cayetano Rosell, ya en la parroquia de San Sebastián de Madrid, en la que se custodian los libros de la cofradía *Nuestra Señora de la Novena*, hermandad de los comediantes, ya en los sabrosos entremeses de Quiñones de Benavente, ya en los dos manuscritos que de la *Genealogía de los cómicos* existen en la Biblioteca Nacional; ni lo que con grande sagacidad y mayor diligencia escribe

(1) No se encuentran en este caso las fotografías á que el actor voluntariamente ha contribuído; pues que, estudiando en combinación con el retratista la actitud y el momento, ya tiene su reproducción ciertas condiciones estéticas que hablan de lo simbólico.

el muy distinguido D. Julio Monreal para poner á toda luz errores de unos y otros; ni los datos que avaloran la *Vida de Alarcón* por D. Luis Fernández-Guerra y Orbe; ni lo que después de mucha paciencia puede verse en los *Recuerdos* de Alcalá Galiano y en los de Zorrilla, en las *Memorias* de Mesonero y en el pintoresco aunque desvencijado *Corral de la Pacheca* de Sepúlveda; ni, en fin, cuanto pudiera tomarse, ya depurado por trabajo de selección, de *El teatro español*, folleto de D. Alberto Sanabria y Puig, de *El teatro en Valencia* por D. Luis Lamarca, de *El teatro en Sevilla*, sendos estudios de Sánchez Arjona y de Velilla, de las *Memorias cronológicas* del corregidor Armona, 1785, y de algunos artículos excelentes como los dos del señor Cañete acerca de Lope de Rueda (mas no considerado como actor) y del intérprete admirable de *La Aldea de San Lorenzo*; nada de esto puede considerarse como manifestaciones históricas de la Crítica. Cierto es que estos escritos, anécdotas y curiosidades en montón farragoso, noticias que más se refieren al hombre que al pensador, todo ello poco, descosido y disperso, sin contar los *documentos vivos* que andan en lenguas de comediantes cuando al hablar de sí mismos opinan de los eminentes para que no lo parezcan tanto, pudiera servir de material; pero como producto de esfuerzos individuales y aislados, sin espíritu crítico, sin plan y sin propósito trascendente, no resulta informado por un pensamiento fecundo.

Y gracias que en la *Vida artística de Mayquez*, escrita por D. José de la Revilla, y en el folleto de «Clarín» *Rafael Calvo*, palpite un sentimiento nacional digno de levantadas miras, y que el insigne Bretón de los Herreros, con el espíritu de observación más investigadora, dejase para gloria mayor de su renombre póstumo el notable estudio histórico-crítico acerca del *Estado de la Declamación* (1848); que si en todo no compadecemos con él, no es ciertamente autor tan luminoso menos digno de admiración y de respeto.

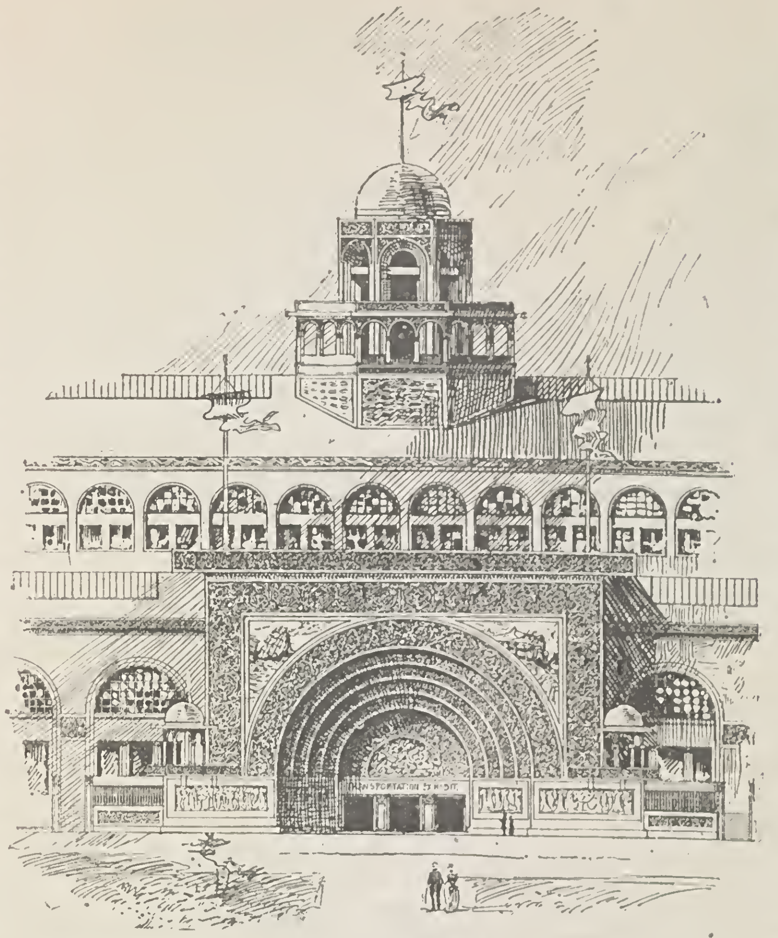
Volvemos, pues, al punto de partida.

V

¿Pero será que los hechos nada importan?

Al crítico sagaz impórtanle, sin duda, grandes enseñanzas, si una vez depurados resulta de ellos algún simbolismo, y le inspira ideas luminosas la influencia de las vicisitudes del hombre sobre el artista; pero ¿de qué pueden hablarnos las manifestaciones de la actividad en que uno y otro se asemejan á los demás artistas y á los otros hombres?

Así en la historia, ¿para qué recoger (siendo posible) los hechos todos que todos nuestros semejantes ejecutaron en todos los tiempos? La vida de un hombre, como tal hombre, como hijo de su padre, ó nada importa ó importa indefinidamente menos que la del filósofo, la del revolucionario, la del guerrero: nada dicen, en tal sentir, el hijo de la matrona Fenaretra ni el abogadillo de Arras ni el artillero de Tolón; pero ¡cuánto y cuán elocuentes nos hablan Sócrates de su pensamiento, Napoleón de su genio estratégico y Robespierre de su potentísima voluntad!



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Edificio para la sección de transportes

Y es que si la Historia, como manifestación de la ciencia tiende á la verdad de los hechos (y aun así no puede separarse de la Crítica, pues la verdad no se depura sin que el juicio busque lo permanente en lo fugaz), como determinación artística que ella es, ha de cumplir la gran misión del arte: retratar el espíritu de la humanidad (1) en el tiempo y en el espacio.

Y por esto, todo lo que constituye las más directas manifestaciones del espíritu humano tiene más valor y simboliza más lo eterno que las otras determinaciones de la actividad de los hombres, cuyos ocultos móviles desconoce la Historia. Y en este sentir, no sólo la Poesía (que dijo Aristóteles, atrevidamente comentado por el sapientísimo literato santanderino) (2), sino las *artes estéticas* (3) dicen más verdad que la Historia.

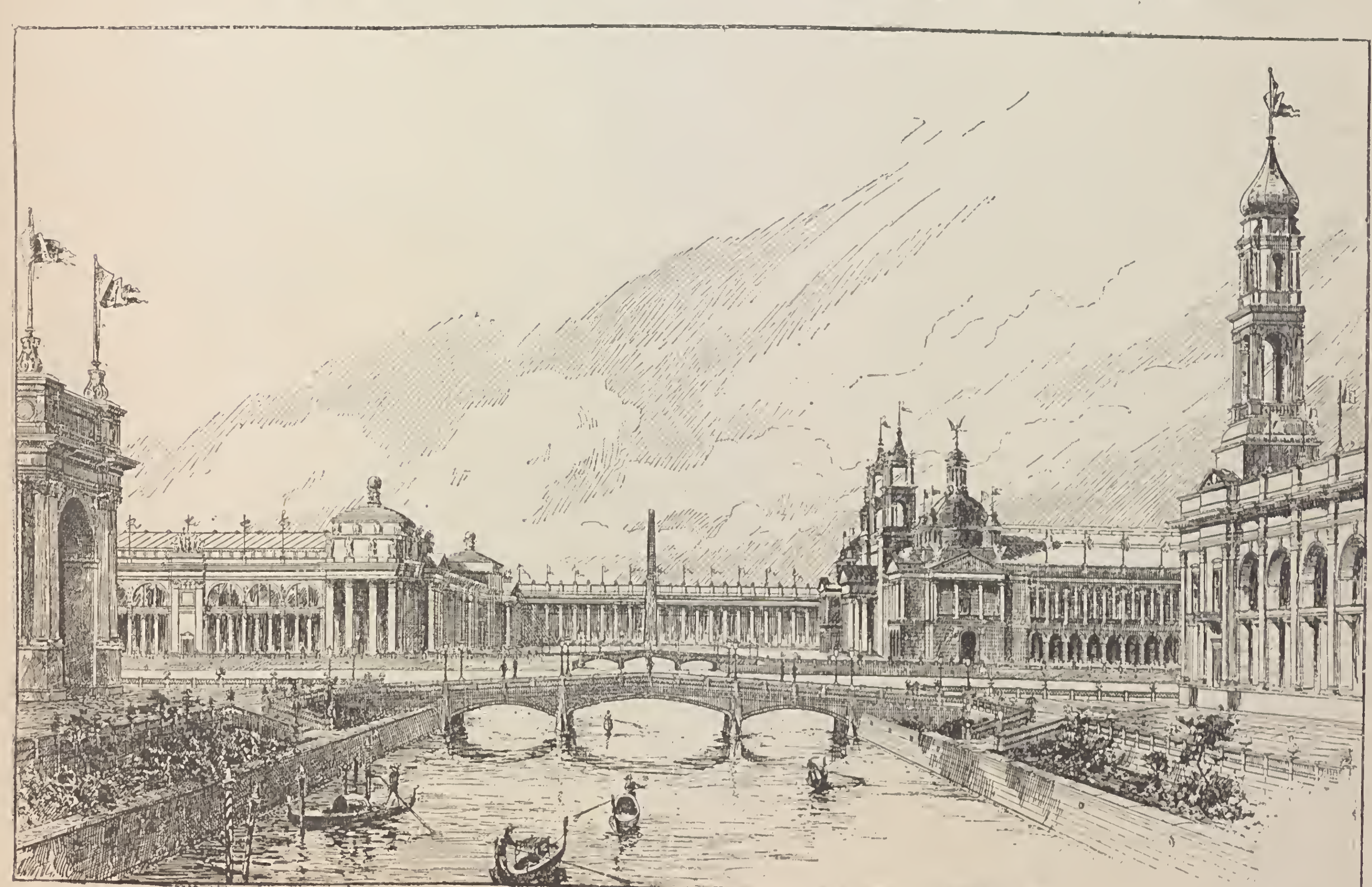
Ahora bien: si son ellas las interpretadoras admirables del espíritu humano y de la obra del Eterno, que recogen y, en cuanto es posible al hombre, simbolizan, ¿no irán manifestándose, sujetas á las leyes biológicas, cumplidas por el individuo, por el pueblo, por la raza, en el espacio y en el tiempo, á pesar de la libertad soberana del artista, que lejos de negarlas las afirma? ¿No está aquí lo pasajero interpretando á lo permanente? Si lo primero se cumple en el tiempo y en el espacio, ¿por qué, conociendo las leyes perdurables (en cuanto es dado á nuestra pobre codicia humana) no hemos de adivinar cómo pudo, cómo debió cumplirse lo segundo?

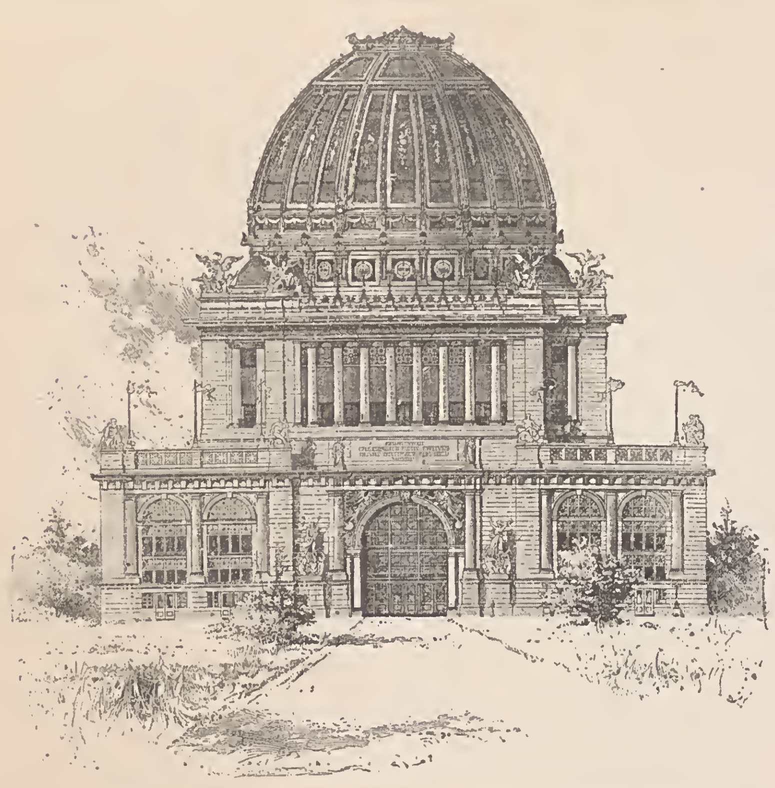
El espíritu interpretador palpita, pues, en el interpretado. Y como es ley de razón, ley filosófica, que siendo la *unidad* interiormente varia, lo que es cumplido en un término va manifestándose en todos los términos de la *variedad*, sin la cual no se cumple la soberana ley de la *armonía*, todo lo que hayan simbolizado, por permanente, las manifestaciones efímeras de un arte que (con la libertad

(1) Acepción corriente, aunque no es ella de castizo abolengo.

(2) Discurso del Sr. Menéndez y Pelayo para ser recibido en la Academia de la Historia, y en cuyo fondo da á entender que la Historia es mentira.

(3) Voy con Giner en lo de que no hay *bellas artes*, sino manifestaciones bellas del arte.


EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. LA LAGUNA, vista por el Sur



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Pabellón de la Administración

al arte consiguiente) sea interpretador de otro, en que son más durables, estará latente en todo aquello que es interpretado.

El *Arte del actor* está enterrado vivo en la tumba del drama del poeta.

Síganme los lectores que con el pacientísimo Job alcancen parentesco.

Enrique Funes

SECCIÓN AMERICANA

LA CANDOMBERA

(RECUERDOS DE MONTEVIDEO)

«Cuando andaba parecía que en la tierra no tocaba,» dijo un poeta describiendo con gentileza á una mujer, y esto podía decirse de Raquelita Guerra, la muchacha más salada y hechicera de cuantas en Montevideo lucían su indolencia por el paseo de Molino, muellemente reclinadas en soberbio *landó*, y su garbo callejero rebosando coquetísima distinción en la calle del Dieciocho de Julio ó á la salida de la novena de ánimas.

Era Raquelita una oriental hecha y derecha, sin mezcolanzas *gringas*, ni trocatintas de sangre de horchata, cabellos desteñidos y ojos blancos de puro azulados. Americano-andaluza pura, purita, con candelillas encendidas en los ojos, lava en las venas, ascuas en el cerebro y un intrincado laberinto de hilillos eléctricos en los nervios, semejaba una serpiente hermosa, fascinadora, de escamas relucientes y tornasoladas, pero traidora, con las abiertas fauces dispuestas á tragar al primer incauto pajarillo que por su mal tuviese la desgracia de acercársele.

Teníasela por muy dada á la política: ninguna como ella para ridiculizar á los contrarios ni para cortar trajes á las muchachas del otro bando. Era hija de un coronel muy significado en la fracción más avanzada de la democracia, en la *colorada neta*, que por mote había recibido de los *blancos* ó conservadores el de partido del *candombe*, por lo mucho que bullía y rebullía sin hacer nada.

El candombe es un baile de negros, soso, requebrado y calmoso, que debe tener su origen en el Africa. Reúnense los negros en un salón: un músico, dicho sea con perdón del arte, *cajea* en un bombo descomunal dando acompasadamente con las palmas de las manos en aquella especie de cajón, mesa ó tambor de montenegrino, domador de osos callejeros.

Un *caballero* retinto se levanta ceremoniosamente á buscar á una *señorita* del color de las moras maduras, que suele estar púdicamente vestida de blanco y tan correctamente sentada como cualquier colegiala recién presentada en el gran mundo; hace el *caballero* una ceremoniosa cortesía invitando á bailar á la elegida, y ella se pone de pie; vuelve la cabeza echando una mirada á la cola para ver si está larga y estiradita, y se cuelga del brazo que su pareja le presenta. Cuádranse ambos en medio del salón uno enfrente del otro, y como la estancia suele estar muy despejada porque no se permiten otros asientos que los humildes bancos que la rodean, quedan las dos figuras tiesas, erguidas y muy visibles para los espectadores.

Dan él y ella unos pasos adelante puestos en jarras y contoneándose con movimientos de negro *cimarrón;* cuando se han acercado hasta la distancia de un metro poco más ó menos, hacen con la mano derecha (la izquierda continúa en la cadera) un signo como si dijeran: «Calla, que ya me las pagarás,» y girando con media vuelta hacia la izquierda, vuelven á su sitio con la misma parsimonia para repetir tres ó cuatro veces la propia tontería y retirarse después, dejando el sitio á otra pareja. Este es el cuento de no acabar nunca, y así se suelen estar los negros orientales, mejor dicho africanos, horas y horas moliendo y remoliendo, entretanto el *cajeador* sigue impertérrito su *bombeo* con intervalos muy cortos de descanso.

Esta danza ni tiene accidentes ni me parece á mí que puede despertar entusiasmos, por más que algunas negritas sacan bastante partido de la sosera del baile moviendo las caderas con desmadejamientos rítmicos y dejadeces lánguidas.

Así se bailaba el *candombe* allá por los años de 1874, y creo que seguirá bailándose mientras haya *neguitos* apegados á sus tradiciones.

Algún periodista endiablado hizo una frase á costa de los demócratas rojos, y vean ustedes por dónde quedaron señalados con el mote de *candomberos* los que nosotros llamaríamos demagogos por cobijar bajo su banderín de partido á toda la *ganchada* de armas tomar que sabía escupir por el colmillo.

A esta comunión política pertenecía Raquelita por parte de su padre: era *colorada*, sí, señor, *colorada* y *candombera*, ya que con este nombre la designaban las *blancas* con quienes se trataba, porque las ideas de su papá no estaban reñidas con las ínfulas aristocráticas de su mamá, ni menos con el derecho que por el rango de familia tenía á pisar los más elegantes salones de la perla del Plata.

Pero Raquel era muy exaltada, exaltadísima: si los naturales miramientos de la joven distinguida no hubieran contenido sus ímpetus políticos, más de una vez la hubiésemos visto arengando á las masas en plazas y calles, excitando á la rebelión al populacho.

Transigía en sociedad con los otros colores políticos y transigía á duras penas; pero fuera de un salón de baile eran enemigos suyos, así los *principistas (colorados templados)*, como los *blancos* más ó menos *netos*.

Contábase que debía su mote á un drama ideado por ella, cuyo final hubo de ser trágico para un joven del partido contrario. Se enamoró de ella: era guapo, rico, elegante y sensible, y amó á Raquel Guerra con toda la intensidad que puede amar un hombre honrado á la mujer que le seduce prometiéndole correspondencia. Raquel no le quería sin embargo: había jurado vengarse de él porque su acerada pluma se había ensañado más de una vez contra los *colorados*. Tenía treinta y dos años; estaba en la plenitud de su vida y en la plenitud de su amor. Raquel lo sedujo, lo mareó, lo volvió loco; y cuando comprendiendo que su amante había llegado al delirio creyó oportuno el momento de la venganza, buscó un pretexto para romper los lazos que había prometido serían eternos.

Ni las lágrimas ni las súplicas ni las amenazas de un suicidio hicieron mella en el alma de Raquel, y al día siguiente de perder el desgraciado amante la última esperanza, puso fin éste á su existencia, encargando tan ingrata tarea á una cápsula de un revólver.

«Muero por el amor de una *candombera*,» decía el *blanco* en una carta que dejó escrita, y todo el mundo señaló á Raquel como autora de semejante crimen.

***

Era tan seductora la *candombera*, que á nadie sirvió de escarmiento lo ocurrido: los hombres se mueren siempre por la mujer que ha sido causa de un suicidio, si esa mujer es joven, hermosa, elegante y traviesa.

Aquel cuerpecillo breve que apenas se alzaba del suelo, aquellas facciones menudas y correctísimas animadas por una luz satánica, deslumbrante y enloquecedora, podían conducir al infierno de las pasiones, pero no al paraíso de los amores.

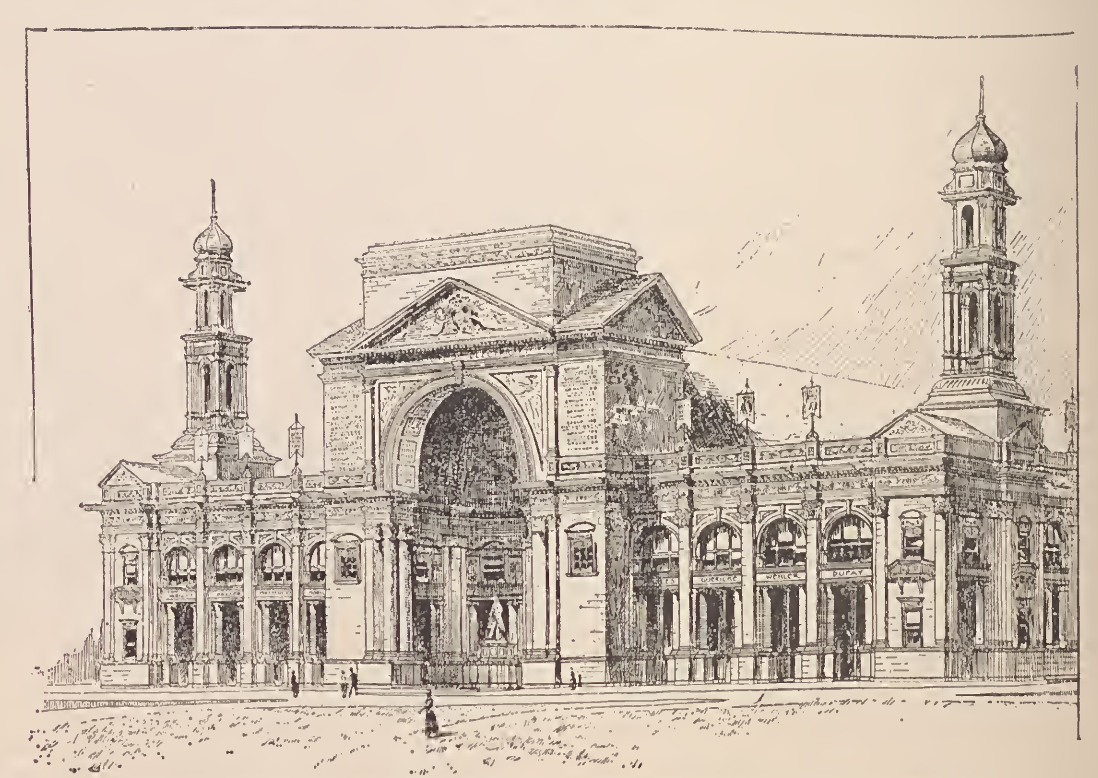
Transcurría el mes de noviembre, mes que á los difuntos dedican piadosamente las orientales. La novena de ánimas en la iglesia Matriz veíase concurridísima todas las tardes: ninguna señorita dejaba de asistir: ningún hombre dejaba su puesto en tal ó cual rinconcito, desde donde podía observar á la hermosa de sus pensamientos.

¡Y cuidado que hay hermosas en Montevideo! La mujer oriental es flexible como el junco, elegante como pocas, suave y sonriente como los ángeles de Murillo.

Su andar tiene algo de la bayadera y mucho de la sultana encerrada en moriscos jardines: hay en su cabeza orgullo innato, en su busto majestad y en su todo el abandono de las palmeras cimbreadas por el viento.

Suelen ser las montevideanas altas y de formas correctamente modeladas; pero la *candombera*, aunque hecha á torno, como suele decirse, era lo que llamamos nosotros una pimienta: chiquitita, picante y más bien redonda que angulosa.

Como todas las niñas aristocráticas, asistía diariamente á la novena de ánimas, y cuando Raquel penetraba en el templo se conocía por el murmullo y



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Fachada sur del edificio destinado á la sección de Electricidad



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. – Pabellón de la sección de Horticultura. – Palacio del Estado del Illinois. – Vista de Jackson-Park y del plano general de la Exposición, tomada á vista de pájaro, dibujo de D. Nicanor Vázquez

los cuchicheos que de todos lados partían sin respetos á la santidad de la casa.

Arrodillábase con estrépito, arreglaba el traje, estiraba los guantes, miraba á todas partes, saludaba graciosamente á unos con la cabeza y á otros con la



Llaves del siglo XVIII

mano, y acababa por santiguarse precipitadamente recordando no haber cumplido con la primera obligación.

Cuando quería dar mucho que hablar, apoyaba los codos en el reclinatorio y el rostro en las manos, ensimismándose ó haciendo que se ensimismaba orando, sin mirar á parte alguna, irguiendo de vez en cuando la cabeza para levantar los ojos al cielo y cerrarlos en seguida llena de unción evangélica.

Entonces las mujeres preguntábanse: «¿Qué tendrá?» Y los hombres se decían: «¡Si pensará en mí!»

Una de esas tardes la vió Andrés da Costa, un brasileño buen mozo y muy rico, que había hecho los cuatro días de navegación desde Río Janeiro á Montevideo sólo por conocer á las mujeres orientales, de las cuales había oído maravillas.

Le señalaron á Raquel, le hablaron de ella, se la presentaron como el ejemplar más perfecto de la coquetería, y no hizo en su alma impresión alguna: encontró una muñequita muy linda con la expresión seráfica que le daba su falso misticismo, y dijo que debía haber sido tonto de remate el que por semejante virgencita se hubiese pegado un tiro.

Le provocaron á tratarla sin volverse loco por ella, y Andrés aceptó el reto: convinieron, pues, sus amigos en presentarle aquella noche en casa de Guerra.

A la salida de la novena formábanse las dos filas apiñadas que en todos los países y en todos los tem-



Cerradura del siglo XV

plos forman los hombres más descreídos para ver salir á las devotas. Andrés era de los primeros y escudriñaba todos los rostros y reparaba en todos los andares sin recordar á la santita *candombera*.

Sintió de pronto un codazo y volvió la vista: un amigo le avisaba de la presencia de Raquel; y cuando creyó encontrarse con aquella carita dulce y tímida que antes había visto, oyó una carcajada sonora, armoniosa y plateada que le hizo estremecer como si aquella voz argentina hubiera sonado dentro de sí propio.

Vió entonces de lleno el rostro de Raquel y clavó en ella sus ojos negros y penetrantes. La *candombera* le miró con curiosidad: aquel *mozo* elegante y casi pudiéramos decir hermoso era desconocido para ella. Saludó á los que con él estaban y siguió hablando fuerte y riendo locamente con sus amigas.

Aquella noche pisó Andrés da Costa el primer salón oriental, pues hacía sólo cuatro días que llegara y fué presentado en casa del coronel Guerra.

Hallábase Raquel en su elemento: un hombre interesante, rico y por ende vizconde da Costa... era cosa de emplear todas las seducciones de su vastísimo repertorio.

Estaba monísima; vestía traje color de rosa, adornado con una guirnalda de yedra, que la envolvía de pies á cabeza: era una fraganciosa trepadora, encaramándose para juguetear con los negros cabellos de la diosa.

Recibió al vizconde da Costa medio tendida en un sofá; Raquel tenía graciosísimas posturas de gata chiquita que ninguna de sus amigas se permitía imitar.

Andrés da Costa salió enamoradísimo de casa de Guerra: la *candombera* le había hechizado; no era un demonio ni un ángel ni una mujer, era una tentación, pero una tentación irresistible que se apoderaba del alma, de los sentidos, del cerebro, de la existencia toda.

Raquel tenía veintidós años, aunque sólo representaba diez y seis; pensaba y sentía, pues, como una mujer, y creyó llegada la oportunidad de elegir marido.

Cuando se hubo quedado sola dijo:

– Bueno: si éste se empeña, me casaré con él; es buen partido y no me disgusta.

Dicho se está que Andrés da Costa hizo su proposición en regla, y después de los trámites de familia que son de rigor en tales casos, acordóse celebrar el matrimonio en los primeros días del mes de febrero.

No dejaba de disgustar al vizconde que su futura esposa fuese tan exaltada en cuestiones políticas; pero pensaba que eso acabaría cuando se trasladasen al Brasil, en donde por aquel entonces no pensaba nadie en derrocar al caballero emperador D. Pedro II.

Alguien quiso disuadir de aquel matrimonio al joven brasileño: ¡inútil empeño! Su fortuna, su amor



Aldaba del castillo de Foix

y su vida eran de Raquel: aquella criatura, ángel ó demonio habíase apoderado de su albedrío y de su corazón; lo mismo podía impulsarle al suicidio, como al otro, que remontarlo al cielo en alas de una caricia.

Andrés no podía dudar que Raquel le amaba: aceptaba su mano, elegíalo entre cien pretendientes tan ricos como él, luego era producto del cariño la elección. Cuando con envidia y celos veía que Raquel prescindía de sus palabras para engolfarse en discusiones políticas y en arranques impropios de su sexo y menos de su edad, hubiera querido que los días volasen para sacarla de aquella atmósfera que la tornaba irascible á veces, y á veces inhumana.

Las pasiones políticas comenzaron á enconarse en el Uruguay los primeros días del año 1885. El partido *colorado principista*, vale decir liberal de guantes y frac, ocupaba el poder, presidido por un hombre honrado y de temperamento conciliador; pero aquel presidente (Ellauri) no podía oponer dique á la ola imponente del *candombe*, que amenazaba arrastrar la situación con ímpetus demagógicos, y pactó tácitamente con los *blancos* ó conservadores para hacer frente al enemigo común en unas elecciones municipales si mal no recuerdo.

El día señalado para la elección hubo de suspenderse por un disgusto que llegó á vías de hecho en el colegio electoral (que lo era el atrio de la iglesia Matriz) entre un periodista de la *high-life* del partido blanco y un coronel de los colorados netos.

Al domingo siguiente, día 10 de enero, fecha funesta para Montevideo, que vió correr mezclada la sangre generosa y ardiente de sus exaltados hijos, debía verificarse la elección suspendida. El comandante de un buque de guerra extranjero anclado en el puerto había hecho circular invitaciones para dar un *lunch* con que obsequiar á la brillante sociedad oriental en recompensa de los muchos agasajos que de ella había recibido.

Si unos dadan importancia á las elecciones, otros creían que no pasaría la cosa de lo ocurrido el anterior domingo, por lo cual ni se suspendió á bordo la fiesta ni dejaron de asistir las invitadas.

Contábase entre ellas Raquel Guerra, que acompañada de sus padres y de su futuro esposo hizo su entrada triunfal á bordo, recibiendo una salva de aplausos por la gentileza con que había subido la escala á pesar del vaivén y del oleaje demasiado vivo que hacía balancearse á la empavesada nave.

Algunas señoras se marearon pronto, y ya se disponían á dejar el buque antes que arreciase el temporal, cuando alguien advirtió que sonaban tiros.

El padre de Raquel, á fuer de militar y de valiente, quiso bajar á tierra: sus amigos estarían batiéndose, y no encontraba decoroso continuar alejado del punto de peligro cuando con las armas se ventilaba la causa de su partido; pero también creyó oportuno que su esposa y su hija continuasen á bordo mientras la sangrienta cuestión no quedase resuelta.

La señora de Guerra quiso retener á su esposo; pero Raquel animaba á su padre diciéndole:

– No te detengas; acaso tu presencia decida la victoria.

El comandante dió las órdenes para que la falúa condujese al coronel Guerra, y le acompañaron todos hasta la borda de donde pendía la escala. Se despidió precipitadamente, besó á su esposa y á su hija, y cuando se disponía á dar un abrazo al que muy pronto había de ser su hijo político, se adelantó Raquel interponiéndose entre ambos con orgullosa energía.

– ¡Cómo, Andrés! ¿No acompaña usted á mi padre?, dijo clavando en su prometido una mirada fiera.

La pregunta cogió desprevenido al conde da Costa, que titubeó un poco antes de contestar.

– Como se trata de cuestiones políticas... y yo soy extranjero...

– ¡Está bien!, replicó despreciativamente Raquel. Debía usted haber buscado esposa en su país: las orientales no podemos amar á ningún cobarde.

Andrés da Costa rugió como un león hostigado cruelmente dentro de su jaula; y exponiéndose á caer al agua, se lanzó por la escala en seguimiento del coronel, que acababa de saltar en la falúa.

Los presentes quedaron atónitos; la sangre fría de la *candombera* les aterraba mucho más cuando después de haber desatracado la falúa se volvió con aire de triunfo diciendo:

– Mi *macaco* (mono) es un valiente.

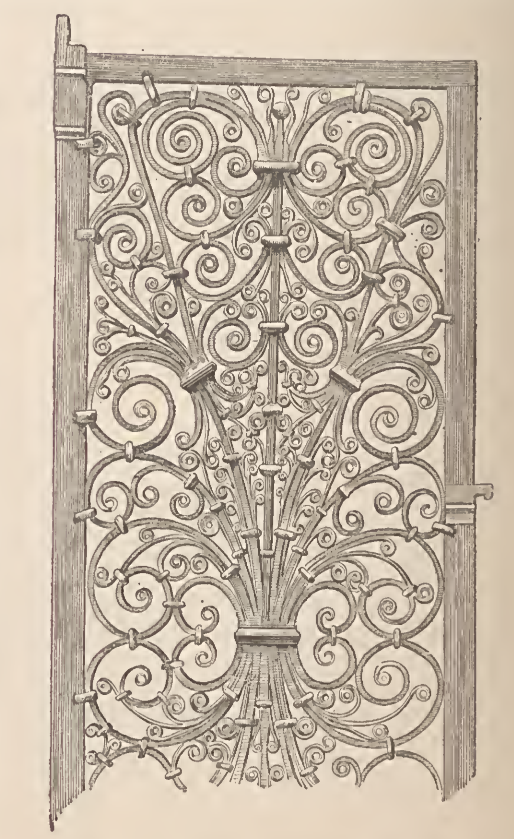
En Montevideo llaman macacos á los brasileños, como llaman á los italianos *bachichas* y á los españoles gallegos.

– Me parece que la cosa no es para que pongamos la cara *feroce*, dijo Raquel. Debemos continuar tan alegres y contentos: ¿verdad, comandante?

El comandante, que era europeo, joven todavía y hermoso como un Apolo, sonrió á Raquel y le ofreció el brazo.

– Ciertamente, dijo, aquí nadie más que usted tiene motivos para retraerse del bullicio. Si no lo hace debemos agradecerle infinito esa prueba de bondadosa condescendencia.

Continuó, pues, la fiesta más íntimamente. Algunas señoras, temiendo al *pampero* (viento de las Pampas),



Reja de la abadía de Ourscamp (siglo XIII)

que amenazaba con arreciar más tarde impidiendo el desembarco, no quisieron prolongar por más tiempo la estancia á bordo.

Raquel y su madre debían aguardar un aviso ó la vuelta del coronel.



EXPOSICIÓN DE PRAGA.—EL EDIFICIO CENTRAL

La mar seguía alborotándose cada vez más y el buque pasaba de los movimientos pausados á los cabeceos que marean irremisiblemente á las personas poco avezadas á semejantes bailes.

La señora de Guerra se retiró al camarote del comandante, en cuya litera se recostó, y Raquel, que no quiso abandonar la cámara, se tendió en un diván apoyando su linda cabecita en dos almohadones galantemente colocados por el jefe del barco.

La *candombera* se revolvía inquieta, quejándose del malestar que sentía; pero á decir verdad un poco más mareado pudiera creerse al arrogante marino, que embobado la contemplaba, bella y picaresca, con sus cabellos destrenzados, sus posturas lánguidas y sus miradas entre dulces y maliciosas.

El pobre comandante sí que estaba mareado.

Era ya de noche cuando después de grandes apuros logró la falúa de la capitanía del puerto atracar al costado del buque extranjero: en la falúa iba el coronel Guerra radiante de gozo.

Cuando penetró en la cámara se levantó Raquel de un salto, y abalanzándose al cuello de su padre le dijo:

– ¿Hemos vencido, verdad?

– Sí: el gobierno ha caído, el poder es nuestro.

– ¿Ha muerto mucha gente?, preguntó una señora extranjera con ansias y con dolencia.

– Desgraciadamente, contestó el coronel, se ha derramado sangre generosa de algunos jóvenes de nuestra dorada sociedad. También ha muerto...

El señor Guerra se detuvo y miró á su hija.

Raquel leyó en aquella mirada.

– ¿Andrés?, preguntó.

– Sí, el pobre Andrés.

– ¿Batiéndose?

– No.

La *candombera* hizo un gesto de disgusto.

– Cuando llegábamos á la plaza Matriz, una bala que sin duda venía dirigida á mi cabeza hizo pedazos la suya.

Los circunstantes se miraron asombrados de la tranquilidad con que Raquel escuchaba á su padre.

– ¡Pobre *macaco!*, dijo por fin. Me quedo compuesta y sin novio... Pero hemos triunfado. ¡Viva el *candombe!* Adiós, comandante: supongo que irá usted á vernos, le esperamos mañana á tomar el te. Tiene usted que felicitarme: ha triunfado mi mote, el mote que me han regalado los *blancos*.

Y subió precipitadamente sobre cubierta, recogiéndose el cabello y poniéndose el sombrero sin detenerse ni mirarse al espejo.

Cuando el comandante del buque extranjero se hubo quedado solo, apoyó los codos en la borda y la cara en las manos.

Pensaba tal vez en las seducciones de aquella muñeca traviesa que por algunas horas le había trastornado el juicio, pero formaba también la firme resolución de no acudir á la invitación de la señorita Guerra.

Felizmente, ni en Montevideo ni en parte alguna se cuentan muchas *candomberas*.

EVA CANEL

EXPOSICION UNIVERSAL DE CHICAGO

Bien sabido es que los americanos quieren sobresalir en todo, y también que la idea de la magnitud es la que predomina en la imaginación de los yankees. Ahora insisten mucho en sostener que el aspecto de Chicago no tendrá punto de comparación con ninguna de las más ambiciosas concepciones del antiguo continente. El terreno ocupado por la Exposición comprende el espacio de 1.035 acres, ó sea el doble del que se destinó á la Exposición de París; y los recursos financieros reunidos para la obra figuran en correspondiente escala. De cuatro á cinco millones de libras esterlinas se consagrarán por el Directorio á esta empresa, debiéndose agregar á tan enorme suma lo que suministren los Gobiernos Federal y del Estado, los extranjeros, las Sociedades, Compañías y particulares, y los accionistas, lo cual supone muchos millones más.

Chicago es un punto bien elegido para hacer esa gigantesca manifestación del progreso. Esa ciudad, situada en una llanura uniforme, en medio de un país fértil y magnífico, es una de las más hermosas del mundo, y por su importancia comercial solamente cede á Nueva York. Había antes porfiada y enojosa rivalidad entre Filadelfia y Chicago, que parecían disputarse el honor de albergar el gran certamen; pero esta última ciudad pareció más propia para el objeto, y en ella recayó la preferencia. Según acta del Congreso, los trabajos para la Exposición debían ser dirigidos por una Junta formada por representantes de todos los Estados y un Comité compuesto de cuarenta y cinco ciudadanos notables. Este último debía facilitar fondos hasta la suma de dos millones de libras esterlinas, proponiendo el sitio y los planos para las construcciones. Esta suma se suministró muy pronto por los activos ciudadanos de Chicago, y en el parque Jackson el Comité pudo disponer de un sitio magnífico. El parque se extiende á lo largo de la orilla del lago Michigán, que como ya saben sin duda muchos de nuestros lectores comprende un área de 26.000 millas cuadradas, poco más ó menos; de modo que desde todos los puntos de los terrenos de la Exposición se verá esa inmensa sábana líquida, cubierta de embarcaciones de toda especie. Otra de las bellezas que se deberá á la proximidad del lago consiste en la existencia de islas, estanques y lagunas, diseminados en todo el terreno y que separan los diversos edificios muy pintorescamente. Tres meses hace, el parque Jackson conservaba aún su estado primitivo.

Apenas se aceptó el sitio, invadióle un ejército de hombres, con numerosos caballos, que se ocupó desde luego en cavar, arar y allanarle para fertilizarlo después. Fué preciso remover unos doscientos mil pies cúbicos de tierra á fin de suprimir colinas que obstruían el terreno, y después cortar muchos árboles, dejándose tan sólo un reducido espacio cubierto de bosque, que parece un oasis en un inmenso páramo donde brillan la arena y los guijarros. En la extremidad norte del parque se hizo necesario abrir un canal desde el lago hasta la laguna, que constituye un detalle grandioso en el paisaje. Al Sud y al Oeste de esta laguna se forma ahora un espacioso terraplén



EL PASEO DEL CASINO DE BADEN-BADEN, cuadro de Stahl



¡YA ESTÁN AQUI!, cuadro de A. Jourdan, grabado por Baude

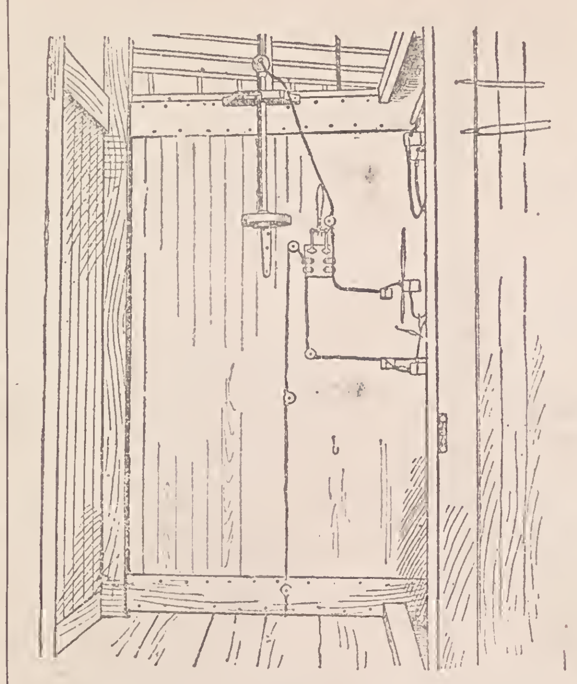
de catorce pies de altura, donde se instalará la administración en el edificio construído al efecto. Estas obras serán las más notables de todas. Los terrenos, como puede comprenderse, no deben carecer de vegetación; y muchos horticultores trabajan ya para embellecer aquel desierto, convirtiéndole en delicioso jardín.

El área ocupada por las diversas construcciones será mayor en un doble que la de la Exposición de París; y de las disposiciones generales puede formarse idea por el croquis á vista de pájaro que publicamos. Otro grabado representa el edificio destinado á la sección de Electricidad, que sin duda será uno de los más importantes y del mayor interés. Para la iluminación de tan grandioso conjunto no se empleará, por supuesto, sino la luz eléctrica, presentándose, entre otras novedades, un camino de hierro eléctrico alto. El edificio ha de ocupar un espacio de más de cinco y medio acres, y es uno de las más soberbios del gran grupo central: como la mayor parte de los demás de la Exposición, tendrá el estilo del Renacimiento italiano; su altura debe ser de 60 pies; y el material, semejante al granito por su color, presentará adornos apropiados y dibujos alegóricos: una estatua de Franklin ha de coronar la entrada principal, que estará en la parte del Sud.

De distinto carácter es el palacio de la Agricultura, que se levanta en escala proporcionada á la importancia de la industria; y exceptuando tan sólo el edificio de la Administración, resultará una de las más hermosas construcciones: será de estilo clásico, y ocupará un espacio de 800 pies por 500, circuído de pequeños lagos. Los cuatro pabellones, uno en cada ángulo, unidos por una gran cúpula central, constituirán el carácter más notable del edificio, pues aquélla rivalizará por sus dimensiones, magnificencia y decorado con las más celebradas cúpulas de carácter análogo que hasta hoy se han conocido en el mundo. Dichos pabellones medirán 64 por 48 pies cuadrados, y la gran entrada del lado Norte, de 60 pies de anchura, conducirá á un elegante vestíbulo cuyos atractivos aumentan las columnas de estilo Corintio, de 5 pies de diámetro por 40 de altura.

Los edificios de la Administración deben ser la joya arquitectónica entre todos los demás, y aunque construídos con materiales que no durarán más de dos años, su coste asciende á 650.000 duros; pero deben ser una de las más brillantes obras de la arquitectura moderna. Estarán situados en el punto más dominante de los terrenos, consistiendo en cuatro pabellones, uno en cada uno de los cuatro ángulos del cuadro del plano, uniéndolos una gran cúpula central de 120 pies de diámetro por 260 de anchura. Hasta el primer piso se ha optado por el orden dórico, aunque sus proporciones son algo pesadas; el segundo piso, con sus altas columnas, es de estilo jónico. Exteriormente plano, está dividido en tres pisos principales: el primero consiste en cuatro pabellones de 65 pies de elevación; el segundo, de la misma altura, continúa la rotonda central, de 175 pies cuadrados; y el tercero es la base de la gran cúpula, de forma octágona y de 40 pies de alto. Esta cúpula se eleva en graciosas líneas y debe adornarse ricamente con elegantes esculturas. El interior se decorará por el mismo estilo, y sus pinturas serán del mejor gusto. El piso principal contendrá dos departamentos de policía y de bomberos con cuartos para los detenidos; en el segundo pabellón estarán los empleados de sanidad y ambulancias, los médicos y farmacias, el departamento extranjero y las oficinas de informes. En el tercer pabellón se encontrarán las oficinas de correos y el Banco. Los pisos segundo, tercero y cuarto comprenderán las salas de la directiva, las de distintas comisiones y la del director general: allí estarán también el departamento de publicidad y promoción y la comisión de los Estados Unidos.

El departamento de los medios de transporte estará situado en la extremidad Sur, entre los departamentos de Horticultura y de Minas. Su estilo, aunque elegante, es sencillo; mas según parece, trátase de enriquecer el ornato de los detalles. Vista desde la laguna, la cúpula del edificio formará el lado Sudoeste del cuadrángulo constituído por el grupo de construcciones de que dicho edificio forma parte, destacándose á la altura de 165 pies sobre el suelo: se llegará á ella por ocho ascensores, y dominará la parte Norte, que ha de ser una de las más magníficas de la Exposición. La entrada principal del edificio, que debe llamarse Puerta de Oro, se compondrá de un solo arco, enriquecido con bajos relieves y pinturas murales; el resto de la composición consiste en una arcada continua con columnatas y entablamentos. En las paredes se han abierto numerosas entradas pequeñas que conducen á terrados, cuyo principal adorno se reduce á varias fuentes de agua potable y graciosas estatuas. El interior se tratará un poco á la manera de basílica romana, con anchas naves y tres divisiones en el techo, de las cuales la central se elevará sobre las otras, perforándose sus paredes para formar una preciosa arcada. Dentro del edificio habrá trayectos de ferrocarril en que se pueda exhibir todo un tren de pasajeros ó de mercancías con su máquina. Los objetos que se expondrán en el departamento de que hablamos corresponden todos á transportes, desde el cochecito del niño hasta la máquina más poderosa, y el aparato de diversos tipos de locomotoras será estupendo.



Ejecuciones por la electricidad en los Estados Unidos . Fig. 1. Aparatos que transmiten la electricidad

El grabado que representa la laguna vista por la parte del Sud, da excelente idea de la gran escala en que se ha llevado á cabo el plan y de los pintorescos efectos obtenidos.

Otro de nuestros grabados reproduce el Palacio del Estado del Ilinois que se alza en Chicago, capital de éste, y que es indudablemente uno de los más notables de la ciudad. En este edificio se halla establecido oficialmente el poder ejecutivo y legislativo de aquel Estado. La magnífica construcción, de bella arquitectura, semejante á la que generalmente tienen todos los edificios públicos de los Estados Unidos, se halla situada en el centro de un hermoso parque, al borde de un gran lago, en cuyas límpidas aguas se reflejan las severas líneas de su fachada principal.

El edificio, en el cual se penetra por una ancha escalinata practicada delante de su cuerpo central, encierra todas las dependencias de los poderes allí establecidos, entre las cuales sobresalen el gran salón de sesiones del Congreso y los tribunales de justicia.

Este hermoso palacio encierra tantas maravillas que ya por sí solo puede decirse que constituye una verdadera exposición.



Fig. 3. Colocación del reo en la silla

En posteriores números iremos publicando nuevas vistas de la Exposición, á la que nos proponemos consagrar atención especial, tanto como merece ese importantísimo certamen con que el nuevo continente se apresta á conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América por Colón.

Entre los varios elementos de que para ello disponemos contamos en principal término con los buenos oficios de nuestra distinguida colaboradora y corresponsal en Nueva York, Eva Canel, especialmente encargada de remitirnos cuantas vistas y datos acerca de la Exposición juzgue interesantes. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se prepara de este modo para en su día contribuir dignamente á la conmemoración de aquella gloriosísima fecha de los anales de nuestra historia.

X

LAS EJECUCIONES POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD EN LOS ESTADOS UNIDOS

Hacía mucho tiempo que los yankees buscaban un medio rápido, seguro y casi *humano*, para quitar la vida á los reos de muerte. Después de desechar el veneno porque suponían que necesitando la mediación de un médico se negarían éstos á ejercer de verdugos, y la guillotina por el espectáculo de la sangre, convinieron que era el garrote el más sencillo, menos cruel y de más rápidos resultados, pero tropezaban con un insuperable obstáculo: esta pena es la que aplican los españoles, y ellos no pueden rebajarse al nivel de una *nación bárbara*.

Acordaron, pues, aprovechar la electricidad como medio más en consonancia con sus adelantos, y todavía se recuerda con horror el triste espectáculo que á la faz del mundo dieron los Estados Unidos con el primer ensayo hecho en la persona del condenado Kemmler.



Fig. 2. La silla preparada para la ejecución

Recientemente han sido ajusticiados cuatro reos que aguardaban el segundo ensayo, más afortunado que el anterior. Esta vez han sido aplicados los electrodos á las pantorrillas y á las sienes, ruta más fácil según se cree para llegar al corazón.

Dicen los médicos encargados de las autopsias que á los reos les sobrevino la inconsciencia inmediatamente de cerrado el círculo; pero otros en cambio, testigos presenciales también, aseguran que los desgraciados sintieron las tres descargas que á cada uno fueron aplicadas. El sigilo para que no se trasluciese el resultado de este segundo ensayo hasta que no se obtuviese el parte oficial, fué extraordinario, y los *reporters* de la prensa fueron tratados por el alcaide de la prisión de Sing Sing peor que si se tratase de facinerosos. La guardia tenía órdenes severas, y al primer ataque de los periodistas para entrar debía disparar y echarles encima algunos perros de presa con que fueron reforzados los centinelas. En la imposibilidad de obtener fotografía de los reos aprestados á recibir la muerte, un redactor de *The World*, Mr. Frederick N. Peck, se sentó en la terrible silla para lograr una fotografía con que poder reproducir el espectáculo en el gran diario neoyorquino. Esta es la que damos hoy á nuestros lectores enviada como los otros grabados por nuestra distinguida colaboradora y corresponsal Eva Canel, que la obtuvo á duras penas del propio fotografiado.

Z



¡Magdalena!, exclamó de nuevo Norman inclinándose sobre la mesa

LA ÚLTIMA CITA

POR W. K. CLIFFORD. – ILUSTRACIONES DE DUDLEY HARDY

Eran las cuatro de la tarde, poco más ó menos, de un día de junio, durante el cual los árboles de los bulevares de París conservan aún su lozanía, como si recordaran la primavera. Los parisienses trabajadores se ocupaban en terminar sus tareas cuotidianas y los elegantes habían ido á pasear al Bosque.

En la extremidad del bulevar Haussmann había en la época á que nos referimos una imprenta, junto á la cual elevábase una casa de cuatro pisos, cuya entrada podía llamar la atención por lo espaciosa.

En el tercer piso vivía hace cinco años una mujer, cuyo nombre conocía ya todo París, porque era famoso. Los balcones y ventanas del salón de su casa, que daban al bulevar, distinguíanse de los demás, no tan sólo por tener casi siempre las persianas corridas, sino porque estaban llenos de macetas y flores que los transformaban en un diminuto jardín.

Junto á una ventana veíase una pequeña y rica alfombra, la cual ocupaba solamente el espacio comprendido entre dos lujosas butacas, cuyo respaldo cubría en parte ese tejido de mallas á punto de crochet, tan común ahora. En el centro de este espacio había un velador, y sobre él un volumen de los poemas de Víctor Hugo, lujosamente encuadernado, y un jarro de porcelana lleno de rosas. Algunos cuadros de más ó menos mérito, un estante de nogal con libros, una elegante sillería, espejos y varios de esos objetos costosos que se consideran como el refinamiento del gusto moderno completaban el adorno de aquella habitación.

La mujer que la ocupaba paseábase en aquel momento de un lado á otro con aire distraído, unas veces muy de prisa, como aguijoneada por la amargura de sus propios pensamientos, y otras lentamente, cual si la entorpeciera la intensidad de su dolor.

Delgada y morena, tenía abundante cabello negro, que formaba un rodete en la parte posterior de la cabeza, ojos lánguidos de color castaña muy obscuro y boca del más perfecto contorno. A juzgar por la expresión del rostro, la mujer de que hablamos debía estar dominada en aquel momento por un pesar profundo ó una dolorosa inquietud, y esforzábase para sobreponerse á este sentimiento. De pronto se detuvo un momento junto al balcón, pero alejóse después rápidamente, como si la vista de la gente que pasaba y el movimiento en la calle la molestaran; después se arrodilló junto á una butaca, apoyó la cabeza en el almohadón del respaldo y oprimióse el pecho con una mano, cual si quisiera sofocar los sollozos que tal vez iban á escaparse de sus labios.

Al fin se levantó, como impulsada por un resorte, y comenzó á pasear de nuevo, entregándose entonces á un monólogo que descubrió sus pensamientos.

«Ha sido cruel y brutal para mí, murmuró con acento de amargura, y ahora teme volver á verme... no tiene valor... no le tendrá nunca... Y sin embargo, amo á ese hombre, á quien ahora conozco bien. ¡Dios mío, cuán fiel le hubiera sido! Por él lo habría arrostrado todo en este mundo, considerándome feliz al sufrir por mi amor; pero él no conoce ni comprende semejante cariño. Cuando yo muera quiero dejarle algún recuerdo que le haga pensar en mí y arrepentirse tal vez de su conducta. No puedo resistir esto... no puedo. ¡Dios mío! Tened compasión de mí, y no permitáis que...»

En aquel momento abrióse la puerta, y la dama ahogó un ligero grito al ver aparecer á su doncella.

– Señora, dijo ésta, he recibido carta de mi hermana, que está en Saint-Cloud, en la cual me dice que el niño empeora; y si no fueran de todo punto necesarios mis servicios esta noche, agradecería que me permitiese ir á verle. Después de haber servido la comida me quedará tiempo para ir y volver antes de las diez.

– Sí, sí, Catalina, contestó la dama con aire distraído, vaya usted cuando guste, pues hoy no comeré en casa tal vez.

– Gracias, señora, replicó la doncella; y ya se disponía á retirarse, cuando su señora la detuvo.

– Catalina, dijo con impaciencia, cual si hubiese recordado un deber necesario y quisiera cumplir con él cuanto antes; lleve usted alguna friolera al niño y todo cuanto pueda necesitar.

– Mil gracias: la señora ha sido siempre buena y compasiva para todo el mundo, dijo la doncella con acento de convicción.

Y viendo que su señora estaba distraída y no parecía escucharla, hizo ademán de retirarse.

Pero en el mismo instante resonó la campanilla, que anunciaba alguna visita.

La dama estrechó sus manos con un movimiento nervioso, y apoyóse en la pared como si desfalleciera.

– Sin duda es el señor, dijo Catalina, sonriendo ligeramente y con cierto aire de seguridad, mientras se dirigía hacia la puerta. Hace ya mucho tiempo que no ha venido á visitar á la señora, pero reconozco su manera de llamar.

– ¡El Sr. Luard!, exclamó la doncella volviendo presurosa para anunciar al visitante.

Un momento después presentóse un caballero de elevada estatura, buen aspecto y bastante joven, pues

solamente tendría de treinta á treinta y dos años. Aquel hombre, aunque sin ofrecer nada de notable, tenía cierto aire de distinción y adivinábase que había nacido para mandar.

La dama se adelantó hacia la puerta, y colocóse junto á ella como para evitar el paso hasta que diese su permiso para entrar; pero un buen observador hubiera adivinado que tanto el caballero como la dama tenían mucho que decirse, á pesar de su aparente frialdad, pues durante un momento miráronse silenciosamente, como si no supiesen por dónde empezar.

– Vamos, dijo el caballero al fin, ¿me dirá usted qué ocurre por aquí?

La dama parecía no escucharle; dejó escapar un suspiro, y después de hacer un esfuerzo, murmuró:

– Al fin ha venido usted...

– Usted ha insistido en ello... repuso el visitante encogiéndose de hombros.

– ¿Y por qué no me ha escrito, ni contestado siquiera á una de las muchas cartas que le dirigí? La cortesía lo exige, y me parece...

– No tenía nada que decir, replicó el caballero.

– Pensaría usted que el silencio es á veces más elocuente que las palabras.

– ¿Me ha enviado usted á buscar para reñir por última vez?, replicó el otro con expresión grave. Si es así, paréceme que no valía la pena.

– ¡Oh! No, exclamó la dama con expresión de tristeza; creo también que casi no valía la pena. ¿Cuándo se marcha usted á Inglaterra?

– Esta noche, en el tren de las nueve y cincuenta.

– ¿Y á San Petersburgo?

– De aquí á un mes.

Siguióse una pausa, y después murmuró en voz baja, no sin haber vacilado antes:

– ¿Piensa usted hacer lo que dijo la otra noche?

– Sí, repuso el caballero, haciendo una señal afirmativa; creo que ya es tiempo de concluir.

– ¡Ah! El porvenir puede aconsejar y hacernos cambiar de ideas.

Y como su interlocutor permaneciera silencioso, la dama añadió:

– ¿Y qué me dice usted de aquellas otras cosas?

– ¿Qué otras cosas?

– Aquellas tan crueles y perversas, exclamó la dama bruscamente. ¡Ah! Me acuerdo aún de la primera vez que le vi en Aviñón, hace ocho años; entonces me pareció usted cruel, porque vi en su sonrisa algo maligno; y la otra noche, mientras hablaba usted, pensé en aquel incidente. Su expresión era la misma que aquella tarde en que paseábamos por la orilla del río, viendo á los campesinos bailar. ¿No lo recuerda usted?

– Perfectamente; fué una lástima que en vez de manifestarme entonces sus sentimientos, los disimulara usted tan bien.

– No eran sentimientos, sino una impresión repentina, que no volví á sentir hasta la otra noche. Entonces, al observar la expresión de sus facciones, le comprendí á usted del todo y quedé asombrada. Aquello fué para mí como una revelación.

– ¿Y era por ventura esto lo que deseaba usted decirme? Aún no conozco el objeto de la entrevista.

El caballero hablaba con serenidad, pero su rostro palidecía y tomaba una expresión dura.

– No, replicó la dama, no era eso; pero usted me ha obligado en cierto modo con su indiferencia. Los ocho años pasados no parecen ser nada para usted, Norman, nada absolutamente; los mira usted como la página de un libro que se ha leído ya y que se pasa por alto para ver la siguiente.

– No digo lo contrario; pero es porque esa página *siguiente* puede ser más agradable que la anterior.

La dama unió sus manos con un ademán desesperado, dejando ver en una de ellas un precioso anillo de brillantes.

– ¡Dios mío!, exclamó, no comprendo ahora cómo he podido sentir nada por usted que no fuese aborrecimiento. Verdaderamente ha sido para mí un crimen amarle.

– Pero... ¿por qué?, repuso el caballero cambiando de tono. ¿No la he correspondido yo por ventura, Magdalena?

– ¡Usted!, exclamó la dama con expresión de sarcasmo. Lo que llama amor no merece por ningún concepto el nombre de tal. ¡Oh! sí, váyase usted, porque su presencia tan sólo me irrita ya y me hace perder el tino! Vaya en buen hora á buscar las mujeres que sean dignas de su cariño, las que puedan hacerle feliz. ¿Le espera á usted alguna en Inglaterra ó en San Petersburgo? En tal caso no demore ni un instante su marcha. Vaya usted á decirles las dulces palabras que tantas veces repitió á mi oído; pero no olvide que yo entretanto me reiré de todo eso, compadeciendo á las infelices que le escuchen y le crean...

– La mujer á quien yo prometa alguna cosa podrá creerme, repuso Norman.

– Sí, tal vez, si se trata de alguna inglesa.

– Pues con una voy á casarme.

Al oir esto, la dama palideció, y un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo; mas hizo un esfuerzo para contenerse.

– ¡Ah!, exclamó, ya era tiempo de que confesara usted la verdad. Sin duda le ha costado mucho decirlo, ¿no es así? ¿Y se celebrará pronto la boda?

– Sí, contestó Norman, mirando á su interlocutora con cierto temor y con más atención que antes.

– ¿Y sin duda es eso lo que le llama á usted á Inglaterra?

– Precisamente.

– ¿Es por ventura la prometida su prima Isabel, de quien hablaba usted otras veces?

Norman hizo una señal afirmativa.

– Ya lo comprendo; usted fué siempre ambicioso, aficionado á lucir, y cree que ella será admirada y producirá sensación cuando la presente en los círculos diplomáticos. Apostaría cualquiera cosa á que de antemano saborea usted su futura llegada triunfante á San Petersburgo.

– Ya sé lo que son estas cosas, replicó Norman; pero á mí me sucede lo que al tigre, que después de probar la sangre está sediento de más; mi ambición no se sacia con un solo triunfo. Pero no hablemos más, Magdalena; si usted lo permite me retiraré, pues creo que á nada conduce prolongar mi visita.

Magdalena permaneció silenciosa un momento, y después, adelantándose más hacia Norman, cogióle la mano, é hizo un esfuerzo para hablar, como si le costase pronunciar las palabras que iba á decir.

– No vaya usted á Inglaterra, porque la señorita Isabel no le amará nunca como yo.

– Ya es demasiado tarde para retroceder...

– ¡Ah, no!, exclamó Magdalena, dejando escapar un suspiro que pareció conmover á Norman.

– Bien sabe usted, dijo después de una pausa, que una vez solicité su mano y me la rehusó.

– Lo recuerdo, sí, contestó la dama inclinando la cabeza; pero fué porque yo tenía empeño en ser famosa, lo mismo que usted. Pensé que algún día podría enorgullecerse de mí, y que entonces... pero es inútil decir más; nuestra ambición nos ha separado. Mi fama sería quizás un entorpecimiento para usted y la suya no es aún bastante para ampararme á mí.

– Por eso lo más prudente es separarnos.

– No, no, repuso Magdalena; no puede ser mejor dar así al olvido lo pasado; no puedo tolerar...

Sin concluir la frase, la dama se apoyó sobre un mueble, como si desfalleciera, y el caballero alargó maquinalmente el brazo como para evitar una caída.

– Poética como siempre, murmuró con acento conmovido, casi de ternura.

– No, añadió Magdalena, reponiéndose al punto, no es posible que ninguna mujer le ame como yo.

– Es muy posible que así sea.

– Mi cariño hubiera sido como una roca que le ofrecería seguro apoyo; el de otra mujer será banco de arena que las aguas pueden arrastrar.

– Tal vez no halle un amor ardiente y apasionado, pero me es forzoso casarme y nada podrá hacerme cambiar de proyecto.

– ¿Es alguna mujer de ojos grises y cabello rubio?

– Sea lo que fuere, yo la amo.

– ¡Que la ama!, repitió Magdalena con irónica sonrisa. Usted se engaña á sí propio, y no tardará en reconocer que el fuego de la pasión se ha extinguido ya en su alma.

Al decir esto, Magdalena, con la cabeza echada hacia atrás, el cuerpo erguido y fija su mirada en el caballero, estaba verdaderamente hermosa.

– Sea usted razonable, replicó Norman; nuestra conferencia no puede seguramente conducir á nada, y es preciso poner término á ella. Como ya indiqué antes, una vez quise que uniéramos nuestra suerte y la supliqué en más de una ocasión que me diera la mano de esposa. Usted rehusó tenazmente, y ahora es preciso mi enlace con otra mujer. Sí, la ambición es la que nos ha separado; los dos queríamos hacer carrera, y usted lo ha conseguido ya; los dos juntos naufragaríamos sin remedio. En el mundo se han de tener en cuenta muchas cosas además del amor; usted misma solía decir que apreciaba en mucho la vida intelectual, los sueños, los ideales...

– Sí; pero de los sueños se despierta, y los ideales son á menudo ilusiones que se desvanecen.

– Vamos, replicó Norman, suspirando como si se sintiese aliviado de algún peso, veo que ahora es usted más razonable, y aprovechando el momento, permítame despedirme de una vez.

– No; marcharse así sería matarme. ¿Tanta importancia tienen para usted los triunfos, el oro y la fama, cosas sólo pasajeras?

– Espero que no lo sean tanto para mí como usted cree; esas cosas son las que el hombre busca siempre con más afán.

– En la hora de la muerte, segura estoy, Norman, de que se acordará usted más de mi amor que de todas esas cosas.

– Pues usted ha trabajado bastante para conseguirlas.

– Sí, pero solamente para hacerme más merecedora de su amor. Cuando la gente se agolpaba para verme y en el teatro resonaban los aplausos, yo los apreciaba más porque usted los oía.

Norman permaneció un momento silencioso, como sumido en profundas reflexiones; mas al cabo de un momento contestó bruscamente:

– Confieso, Magdalena, que me he conducido de un modo brutal; pero no puedo menos de reconocer que es mejor para los dos.

– ¡Ah! ¡Cuántas veces me dijo usted que sería feliz si muriese á mi lado! ¡Cuántas promesas me hizo que ya no quiere recordar!

– Cuando se ama se promete mucho.

– Sí, y ahora otra mujer será la favorecida. ¡Ojalá que el cielo le cierre sus puertas!

– ¡Va usted demasiado lejos!, exclamó Norman levantándose con expresión de enojo.

– ¡Dispénseme usted, replicó Magdalena, ya que no hemos de volver á vernos, y concédame la única gracia que voy á pedirle. Venga usted á comer conmigo hoy: le prometo que después le dejaré marchar sin la menor oposición.

– No me es posible.

– Le aseguro que ya no habrá entre nosotros la menor cuestión y que volveré á ser la misma Magdalena que antes amaba y que se hizo famosa bajo la influencia de la pasión que usted le inspiró. Le recibiré vestida de blanco, pues según recuerdo le agradaba mucho aquel traje; y hablaremos, como dos buenos amigos, de poesía é ideales, olvidando, añadió Magdalena con voz conmovida, que es la última vez que debemos vernos...

– No puedo aceptar, Magdalena, replicó Norman con tono resuelto; he dado palabra á mi amigo Campbell de comer con él.

– ¿A qué hora?

– A las siete y media, y después me acompañará hasta la estación del camino de hierro.

Magdalena parecía reflexionar.

– Pues bien, dijo después de una pausa, el tren no sale hasta las nueve y cincuenta; diga usted á su amigo que vaya á buscarle á la estación, y venga aquí á las nueve á tomar el café, consagrándome la última media hora... No hablaremos ni una sola palabra de lo pasado; mis labios no pronunciarán una sola frase relativa á nuestra separación.

– ¿Lo hará usted realmente así?, preguntó Norman con tono de duda.

– Se lo prometo; y también que no retardaré ni un momento su marcha.

Norman miró fijamente á su interlocutora, cual si quisiera sondear su pensamiento.

– Bien, repuso al fin, confío en usted, y vendré.

– ¿Palabra de honor?

– Palabra de caballero: engalánese usted, y olvidemos que ha de ser la última entrevista.

– Así lo haré, contestó Magdalena, fijando en Norman una mirada cariñosa.

Después, vacilando un momento añadió con tono solemne:

– Si dejase usted de venir, faltando á su promesa, permita el cielo que la mujer á quien más quiera, cuando nos hayamos separado, le sea falsa y perjura el día en que más la ame.

– No faltaré, dijo Norman; pero confío en que usted también cumplirá su palabra...

– ¡Oh!, interrumpió Magdalena, puede usted estar bien seguro de ello. Y ahora... ¡adiós!... No, quise decir hasta más tarde.

Al pronunciar estas palabras abrió la puerta; pero deteniéndose de pronto, como si le faltara advertir alguna cosa, añadió:

– Espere usted un instante; ahora recuerdo que Catalina debe ir á Saint-Cloud, y por lo tanto será mejor que se lleve usted esta llave para que entre sin llamar. Le esperaré junto al balcón, y si alguien llamase no abriré... ¡Ah! Una palabra... Permítame ver bien por última vez las facciones del hombre á quien tanto amo y que tan cruelmente me abandona, y estrechar esas manos queridas, que no han de ser para mí. Con la luz artificial no se ve tan bien, y tal vez no habrá mucha aquí esta noche... ¡Dios mío! ¡Cuán doloroso es esto! Pero ya no hay remedio... Mi vida toca á su fin y es forzoso resignarse.

– No diga usted eso, repuso Norman, algo inquieto al oir estas palabras; su porvenir es aún brillante...

– ¡Ah, no!, exclamó Magdalena. Todo ha concluí-

do, puesto que para mí el amor es la vida... Pero no le detengo más.

Y con aparente calma añadió:

– No haga usted caso de mis anteriores palabras, porque las he dicho en un momento de excitación... Ahora estoy ya serena... y lo estaré más tarde. ¡Adiós, adiós!

. . . .

Un momento después Norman, ya en la calle, pareció respirar con más desahogo.

– Vamos, ya estoy libre del compromiso; es probable que cumpla su palabra. Magdalena es una consumada actriz; mas creo que me ama de veras, aunque tal vez no tanto como ella dice.

Norman prosiguió su camino entregado á diversas reflexiones, hasta que, sin saber cómo, hallóse en la calle Real, dió una vuelta por la plaza de la Concordia y se dirigió después á la calle de Rivoli.

Cada vez más satisfecho de su futura unión, agradábale la fría belleza de su prometida, que era como un calmante, comparada con los provocativos encantos de Magdalena Debray. Su novia Isabel, por otra parte, le ayudaría poderosamente á satisfacer sus ambiciones; mientras que la actriz hubiera sido un entorpecimiento, no solamente para él, sino para aquellos que le ayudaban en su carrera, impidiéndole llegar á ser un hombre notable. No era Norman uno de aquellos que inspiran desde luego simpatía á la generalidad de los hombres; y en cuanto á las mujeres, sus triunfos eran muy limitados. Ejercía su principal ascendiente en los grupos del pueblo y su influencia sobre éste acrecentábase cada día más; por eso era útil á su partido, del cual podía esperar recompensas y honores. Sin embargo, aquellos con quienes se ponía en contacto personal mirábanle por lo regular con cierta prevención y hasta parecían temerle, creyéndole hombre poco escrupuloso.

Magdalena Debray le amaba y habría confiado en él más que en ninguna otra persona en el mundo; mientras que el cariño de su prima Isabel era muy dudoso: Norman lo sabía. En cambio él la amaba de una manera curiosa, como la madre ama al niño que no ha nacido aún; causábale envidia la mujer que sin auxilio de nadie podía alcanzar gloria y fortuna, y resentía su amor propio que Magdalena lo hubiese conseguido así.

Norman apresuró el paso, porque deseaba hacer cuanto antes los últimos preparativos de viaje, pensando que apenas le quedaría el tiempo suficiente para tomar el tren después de su entrevista con la actriz, y muy pronto llegó á su casa.

– ¿Has acabado ya de empaquetarlo todo, Carlos?, preguntó á su criado al entrar.

– Sí, señor, y por cierto que ha faltado poco para dejarme aquí esa cajita de plata que está sobre la mesa, pues se había caído detrás del escritorio.

Norman cogió el objeto casi con enojo: Magdalena se la había regalado tres años antes, cierto día que fueron á Saint Germain-en-Laye. «Quiero darle á usted, díjole ella, esta cajita de plata, que tiene la figura de un corazón y le recordará el mío, que tanto le ama. Es para guardar sellos; y cuando vaya usted á Inglaterra, deberá comprar muchos para escribirme con frecuencia.»

Norman, que odiaba el sentimentalismo y las mujeres y las cosas que pudieran inspirarle, pidió la cajita á Carlos, y dirigiéndose hacia la puerta bajó rápidamente la escalera.

– Señora, dijo presentándose á la dueña del hotel, vengo á dar á usted las más expresivas gracias por sus atenciones. Usted tiene un niño, y en prueba de mi agradecimiento, permítame ofrecerle esta cajita de plata. Cuando sea hombre, usted tendrá la sabiduría de la experiencia, y entonces haga de modo que mi dádiva sea un símbolo de su corazón en cuanto se refiera al bello sexo, porque así triunfará seguramente en el mundo, duro por fuera, vacío por dentro.

El amigo á quien había invitado á comer no tardó en llegar; era un inglés de agradable aspecto, alto, elegante y bastante joven. Mientras los dos estuvieron en la mesa habló de diversas cosas, pasando rápidamente de un asunto á otro, como si nada tuviera interés para él; pero Norman apenas le escuchaba.

– Paréceme, querido Luard, dijo Campbell, que siente usted marcharse; le veo muy cabizbajo y nada comunicativo.

– No, contestó Norman; lejos de ello, me alegro.

En aquel momento levantáronse un caballero y una señora de la mesa inmediata y salieron.

– ¡Hermosa mujer!, exclamó Campbell; tiene cara de mal genio; pero tal vez lo tenga peor el que la acompaña.

– Sí, contestó Norman distraidamente, sin saber tal vez lo que el otro había dicho.

Pero cuando el camarero hubo servido el pollo y la ensalada, inclinóse de repente hacia su amigo:

– Campbell, díjole, quiero darle un buen consejo. Procure usted no enamorarse nunca de una francesa, porque son malas como el diablo, y si proceden de Marsella peores aún: las mujeres se alimentan allí con fuego.

Campbell fijó en su amigo una expresiva mirada, sonriendo maliciosamente.

– ¿Ha caído usted en los lazos de alguna que ha conseguido robarle el corazón?

– Sí, no lo niego; mas al fin he conseguido recobrar la libertad. La mujer no puede ser más que un entorpecimiento para mí, porque sujeta mucho.

– Pues creo que va usted á buscar una.

– ¡Oh! Esto es diferente. Cierto que voy á casarme, pero es porque así tengo más asegurada una brillante carrera.

– Entonces no será cuestión de amor, ¿eh?

– A decir verdad, no se trata de una pasión; pero la novia es mi prima y no dejo de profesarle cariño.

– Es la mejor razón para no estar enamorado de ella; pero de todos modos le felicito, porque Isabel es muy hermosa.

Norman cerró los ojos con evidente satisfacción.

– Quisiera haber llegado ya á Londres, dijo después de una pausa.

– El viaje á San Petersburgo será más enojoso, repuso Campbell; pero como quiera que sea, no deja de ser para usted una suerte haber obtenido ese nombramiento.

– Sí, gracias á él doy un gran paso en mi carrera.

– Ha sido usted afortunado en todo cuanto emprendió.

– Solamente así puede ser agradable la vida.

– Pues yo, dijo Campbell, jamás he pedido cosa alguna, pero agrádame ver cómo los demás se ingenian para elevarse en el mundo. Este es una comedia representada por muchos actores, pero yo no soy más que un simple espectador.

– ¿Qué quiere usted decir?

– Que yo no soy ejecutante en el mundo, y me paseo por él, contentándome con mirar. La vida me parece así más agradable.

– Quisiera que las mujeres lo reconocieran así.

– ¡Otra vez las mujeres! Diríase que alguna le ha dejado un mal recuerdo...

– Bien; no hablemos más del asunto. Por lo pronto...

Al decir esto, y como introdujera la mano en el bolsillo, cual si tratara de sacar alguna cosa para enseñarla á su amigo, sacóla presuroso, estremeciéndose: acababa de tocar la llave de Magdalena.

– ¿Qué ocurre?, preguntó Campbell.

– ¿Adónde fué usted el miércoles después de separarse de mí?, preguntó Norman á su vez bruscamente, sin contestar á su amigo.

– Fuí á ver la última representación de la comedia de Sardou. Magdalena Debray estuvo soberbia.

– ¡Ah, sí!, replicó Norman llenando su vaso, es una buena actriz.

– El otro día oí decir que era muy caritativa, pero que tiene algunas rarezas.

– Yo creo, repuso Norman, casi con expresión irritada, que trata de producir sensación.

– Lo cierto es, dijo Campbell, que las mujeres tienen una singular habilidad para mezclarse en la vida de los demás en daño ó provecho suyo.

– Por lo regular, en daño, murmuró Norman levantándose después de encender un cigarro.

El reloj señalaba las nueve menos diez minutos.

– Mejor será, dijo á Campbell, que vaya usted á buscarme á la estación, pues tengo una cita y no puedo faltar.

Dicho esto, despidióse, y después de esperar un momento para tomar el camino opuesto que su amigo seguía, alejóse presuroso, tanto que á las nueve y cinco minutos estaba ya en el bulevar Haussmann. Aún no se habían encendido las luces en los kioscos en aquel largo día de verano, y Norman estaba satisfecho de su puntualidad; pero por más que hiciese, no pensaba en Magdalena, sino en Isabel, y molestábale asistir á la cita.

Pocos momentos después llegó á la entrada de la casa: una vez en el tercer piso, vaciló un momento, y al fin, sacando la llave, introdújola en la cerradura. Todo estaba silencioso, y sin saber por qué, acosóle el temor de que se le preparase alguna jugarreta. Por espacio de un minuto miró á su alrededor, escuchando atentamente, pero no llegó á su oído el más leve rumor. La puerta del salón estaba enfrente; dirigióse hacia ella y la abrió.

– ¡Magdalena!, dijo en voz baja.

Percibíase en la habitación cierto aroma de flores y un ligero olor á café; mas no se distinguían bien los objetos, porque el crepúsculo tocaba á su fin.

– ¡Magdalena!, repitió, adelantándose esta vez.

La actriz no contestó una sola palabra.

– No hay tiempo que perder, añadió Norman, pues sólo me quedan diez minutos.

El balcón estaba abierto de par en par; de las flores exhalábase una suave fragancia, y la persiana, corrida como siempre, obscurecía más la sala.

La actriz estaba echada en el suelo de cara al balcón, con la cabeza apoyada en el asiento de la butaca y los brazos cruzados sobre un brazo de ésta. A pesar de la escasa luz Norman distinguió muy bien la blancura de sus manos, destacándose sobre el almohadón rojo; también pudo ver que la actriz vestía traje blanco, con rosas encarnadas en la cintura.

– ¿Debo sentarme al otro lado para que terminemos nuestra comedia?, preguntó.

La mesa estaba entre las dos butacas, y aún se veía sobre ella el jarro de flores.

Norman tomó asiento frente á Magdalena, y por primera vez la miró con atención. En sus ojos creyó



Una vez en el tercer piso, vaciló un momento

ver una expresión de espanto y tenía la boca entreabierta como para proferir un grito de dolor.

– ¡Magdalena!, exclamó de nuevo Norman, inclinándose sobre la mesa, como para que le oyera mejor. ¿Se siente usted mal? ¿Qué ocurre? La actriz no contestó.

– ¡Por Dios, hable usted! Estoy aquí, amiga mía.

El mismo silencio; los labios de Magdalena no pronunciaron una sola palabra.

– ¡Dios mío!, murmuró Norman, ¿estará muerta?

Y arrodillándose á su lado examinó atentamente el rostro de Magdalena y bajó sus brazos; pero entonces la cabeza cayó inerte sobre el hombro. Horrorizado ante aquel espectáculo, ó poseído de un sentimiento supersticioso, Norman apoyó la cabeza de Magdalena sobre el almohadón y púsose en pie.

Entonces recordó lo que aquellos labios, mudos ya, le habían dicho antes: «Puede usted estar bien seguro de que mis labios no pronunciarán una sola palabra de despedida.» Pálido y tembloroso, Norman permaneció inmóvil un momento contemplando el cadáver que tenía ante sí. Entonces, movido por un impulso irresistible, imprimió un beso en la frente de aquella mujer que tanto le había amado, y olvidando el presente, tan sólo pensó en el día que la vió por primera vez en Aviñón, ocho años antes, cuando los dos se paseaban por las orillas del río, viendo bailar á los aldeanos.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUIL

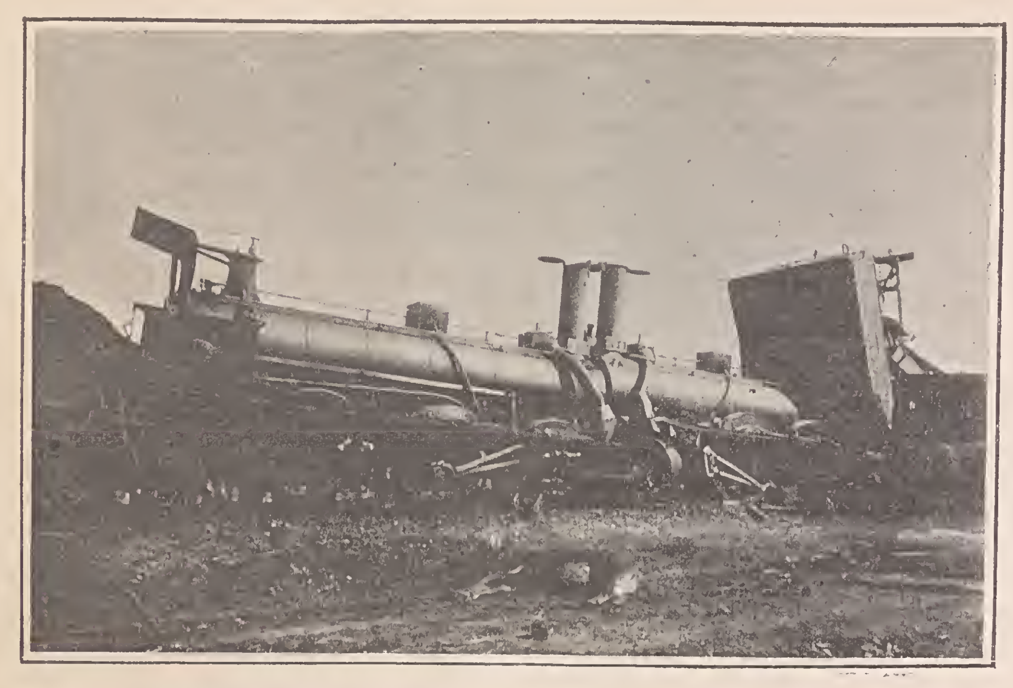
NUESTROS GRABADOS

El célebre pintor Jan van Beers. – Oriundo de Bélgica este artista famoso, se consagró durante los primeros años de su vida artística á los cuadros de historia, ambicionando ser el pintor de las epopeyas de su patria; de esta época datan «¡Vivan los *gueux!*» (que así se denominaba á los flamencos que en 1566 se confederaron contra el gobierno de España), episodio de la batalla de Austruweel, *La bruja* y *El pueblo agradecido á Santiago de Artevelde*. Poco estimulado por sus compatriotas, trasladóse van Beers á París, en donde sus gustos sufrieron una transformación completa; la contemplación de la vida elegante parisiense hízole abandonar los cuadros históricos para consagrarse á los de género que tan universal aplauso han merecido y que tan admirados fueron en la reciente Exposición Universal de Bellas Artes de esta ciudad.

Aunque van Beers ha pintado paisajes notabilísimos, retratos admirables que un célebre crítico francés juzga dignos de figurar al lado de los de Bastien Lepage y caprichos como la *Verónica* que atraía preferentemente la atención de cuantos visitaban la Exposición citada, su verdadera especialidad, la que le ha conquistado notoria fama y no poco provecho, son esos cuadritos en que un pincel delicado manejado á impulsos de un gusto exquisito reproduce en el lienzo á la *parisiense* en sus diversos tipos y condiciones, bellos todos, todos elegantes y llenos de gracia, figuras dotadas de verdadera vida, cuya expresión está á la altura de los prodigios que su ejecución entraña.

Tarea interminable sería citar las joyas que en este género lleva producidas el pintor cuyo retrato publicamos: *Parisiana, Pschutteuse, Pierrette en gaité, Pierrete á l'evantail, Paresse, Au soleil, Flirt, La liseuse, Insouciante, Pierrete noire* y tantos otros esparcidos en los principales Museos y en los más elegantes salones atestiguan la fecundidad del artista, que en van Beers no es óbice para que sus obras sean un modelo en punto á corrección de dibujo y un dechado de bellezas de color que se observan hasta en los más pequeños detalles.

El larguísimo catálogo que sus obras componen haría suponer que van Beers es de edad un tanto avanzada: nada de eso; el célebre pintor belga cuenta apenas treinta y cuatro años, y si ha producido tanto y tan bueno débese en primer término á su facilidad, hija del talento y del estudio, pero también en buena parte á su amor al arte y á su laboriosidad extraordinaria.



Choque de trenes ocurrido cerca de Burgos en la noche del 23 de septiembre último. - Fig. 1. Estado en que quedaron las dos máquinas después del choque. (De fotografía remitida por D. Andrés Ruiz Cobos, de Burgos.)

***

Hierros artísticos de la Edad media. – Si importancia tuvo el hierro en el movimiento artístico é industrial de los tiempos medios, es incalculable la que hoy representa, dadas las múltiples aplicaciones de este metal. Tan duro como resistente, exige del artífice habilidad y destreza para la producción de esas obras de cerrajería admirables, ya que un martillazo dado en falso puede inutilizar la labor inteligentemente comenzada.

De aquí que la reunión de ejemplares producidos en distintas épocas sea de indiscutible importancia, no sólo por los antecedentes que facilitan para la historia del progreso de la humanidad, sino también por la enseñanza que reporta su detenido examen. De ahí el interés que despiertan las colecciones que existen, reunidas á costa de no escasos dispendios, las más de las veces por la iniciativa particular. Entre las que figuran en la capital de Francia, merece citarse la de M. Lesecq, de la que forman parte los cuatro notables ejemplares que reproducimos. Cada uno de los grupos en que se subdivide despierta interés extraordinario; si se examina, por ejemplo, la colección de llaves romanas, galas, merovingias, romano-bizantinas, góticas, del Renacimiento y modernas, nótase que en cada ejemplar se hallan marcadas las laboriosas etapas por que ha debido atravesar la cerrajería y las transformaciones determinadas por la civilización. Lo propio acontece con los aldabones, cerraduras, rejas y demás productos de la cerrajería, en punto á la cual los modernos progresos no han llegado á igualar la belleza de los antiguos ejemplares, de que pueden servir de muestra las preciosas labores que reproducimos.



Fig. 2. Vista del ténder y algunos vagones del tren exprés (De fotografía remitida por D. Andrés Ruiz Cobos, de Burgos.)

***

Exposición de Praga. El edificio central. – Para conmemorar el centenario de una gran Exposición que se celebró en Praga, se ha inaugurado hace poco en esta ciudad otra en donde se han reunido los productos de la agricultura, de la industria y del arte bohemios.

Los diversos edificios que la componen son de diferentes estilos y álzanse entre los bosquecillos y jardines: el central, que reproducimos, tiene verdadero aspecto de palacio y está destinado á la sección de industria; á sus lados otros dos edificios de menores dimensiones y de estilo griego contienen cuadros, esculturas, objetos de arte antiguo, cristales artísticos, armas y labores de orfebrería, pertenecientes casi todos á familias aristocráticas.

***

El paseo del casino en Baden-Baden, cuadro de Stahl. – Los que estuvieron en esta ciudad del gran ducado antes de la guerra franco-prusiana y la hayan visitado después habrán podido notar en ella una gran diferencia en punto á animación. Grande es todavía la afluencia de forasteros que en verano van á buscar allí remedio á sus dolencias en sus famosos manantiales; pero á partir de 1872, la supresión del juego, que anteriormente consentía el gobierno, ha privado á Baden-Baden del contingente de extranjeros que dominados por el vicio ó por la ambición acudían de todas partes improvisando unos, los menos, cuantiosas fortunas, dejando otros, los más, en las mesas de la ruleta y del treinta y cuarenta, quien el rico patrimonio de sus mayores heredado, quien el capital amasado á fuerza de trabajos y privaciones.

Esto no obstante, el delicioso paseo que delante del *Kursaal* se extiende, suele estar siempre muy concurrido por la sociedad elegante badense y por la escogida y numerosa colonia de bañistas que van allí á gozar de los encantos de la naturaleza y de los acordes de notables orquestas ó bandas militares. El espectáculo es hermoso, sobre todo por la noche, cuando los jardines y alamedas aparecen profusamente iluminados tal como puede verse en el cuadro de Stahl que publicamos y que reproduce con tanta fidelidad como arte el único resto quizás de la bulliciosa animación de otros tiempos.

***

¡Ya están aquí!, cuadro de A. Jourdan, grabado por Baude. – Si en vez de decir *están* dijese *está*, poco nos costaría saber á quién se refiere la exclamación que sirve de epígrafe á este cuadro; usando el verbo en plural quédanos la duda de cuáles personas aguarda con tanta impaciencia la joven del hermoso lienzo de Jourdan: de suponer es, sin embargo, que han de ser muy queridas, sus padres, por ejemplo; no otra cosa se desprende de la expresión de aquella simpática figura tan bien reproducida por el eminente pintor francés y con tanto gusto colocada en el delicioso paisaje que le sirve de marco y de fondo.

***

Choque de trenes en las cercanías de Burgos. – En la noche del 23 de septiembre último el exprés de San Sebastián y el tren mixto de Madrid sufrieron á tres kilómetros de Burgos el terrible choque origen de la catástrofe que tan honda impresión ha producido en todos los ánimos, no sólo en España, sino en el extranjero, y cuyas consecuencias lloran y llorarán por mucho tiempo las familias de las numerosas víctimas. El jefe de servicio de la estación de Burgos dió salida al exprés sin recordar ó ignorando que momentos antes se había concedido vía libre al mixto que en aquellos instantes y procedente de la estación inmediata de Quintanilleja ocupaba la vía única que enlaza ambas estaciones. Pocos minutos después ocurría la catástrofe. La descripción que del suceso hacen los viajeros que lograron salvarse horroriza y conmueve: apenas pasados los primeros momentos, pudo contemplarse un espectáculo aterrador. Las máquinas aparecían aplastadas una contra otra y los vagones destrozados en inmenso é informe montón; los viajeros que salieron ilesos corrían desalados de una parte á otra, buscando unos á individuos de su familia que no aparecían, procediendo otros á sacar de entre los escombros á los que aún con vida estaban, prodigando todos solícitos cuidados á los que de ellos se hallaban necesitados.

¿Para qué mas detalles del siniestro? Interminable sería nuestra tarea si hubiésemos de referir los conmovedores episodios que allí ocurrieron; imposible relatar los rasgos heroicos que con tan triste motivo se registraron. Del tren mixto se salvaron todos los pasajeros; sólo murió el desgraciado maquinista D. Pedro Jaca, que habiendo podido salvarse, puesto que había conseguido parar su tren, quiso morir en su puesto. Las últimas palabras de ese héroe, de ese mártir, fueron: «Muero satisfecho; he cumplido con mi deber y he salvado la vida á muchos semejantes míos.»

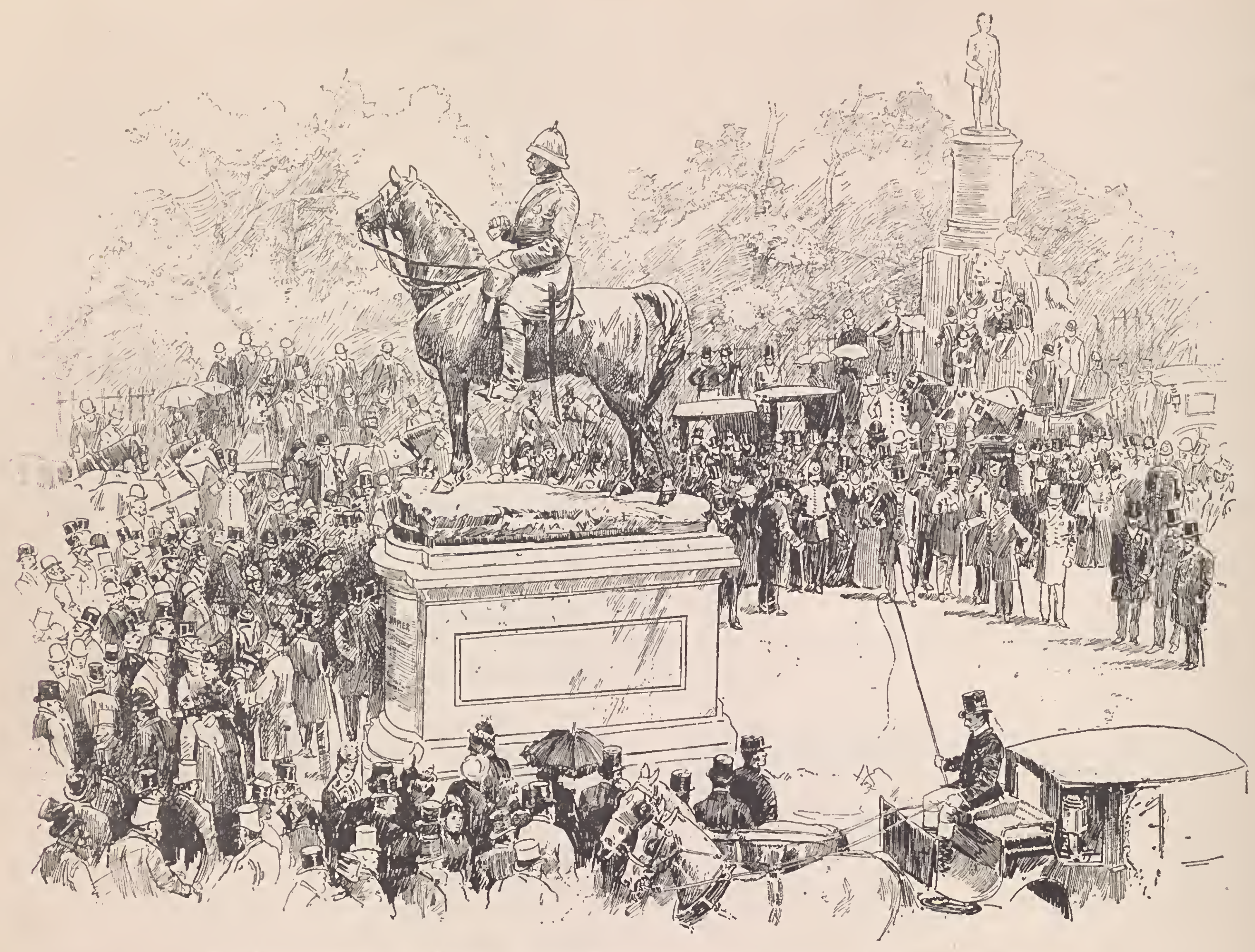
Los muertos que han resultado del choque son hasta ahora quince; los heridos, según noticia oficial, veintitrés. Entre los primeros se cuentan dos ingleses, Mr. Cotton, abogado, y Mr. Maury Celong; D. Lorenzo Leal, periodista sevillano; D. Celestino Rico, magistrado de Vitoria, y D. Juan Alburto, rico comerciante y propietario de Bilbao, una hija de los marqueses de Camarines y otros viajeros y empleados del tren exprés.

Los dos grabados que publicamos y que están tomados de fotografías sacadas por D. Andrés Ruiz Cobos, de Burgos (á quien vivamente agradecemos su envío), permiten formarse exacta idea de la magnitud del siniestro, acerca del cual creemos ocioso hacer comentarios porque están en la mente de todos los que conocen las deficiencias de nuestros caminos de hierro.

***

Monumento erigido en honor de lord Napier de Magdala, en la plaza de Waterloo en Londres. – Recientemente se ha inaugurado en la capital de Inglaterra este monumento levantado á la memoria del ilustre mariscal de campo inglés, ha poco fallecido, de quien el príncipe de Gales en el acto de la inauguración dijo emocionado que había sido «fuerte, perseverante, rápido en su acción, sin miedo y sin tacha, amigo de los desvalidos, apoyo de los desamparados y valiente hasta la temeridad, cuando del cumplimiento de sus deberes de soldado se trataba.»

La estatua, que se alza en la plaza de Waterloo, dando frente á Piccadilly, fué empezada por el difunto escultor Edgardo Behm y ha sido terminada por Alfredo Gilbert.



MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DE LORD NAPIER DE MAGDALA EN LA PLAZA DE WATERLOO, LONDRES

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN